

CONDominio

MAX GURIAN

Condominio

El fin de la noche

Gurian, Max

Condominio. - 1a ed. - Buenos Aires : El fin de la noche, 2010.
100 p. ; 20x13 cm. - (Caligrama)

ISBN 978-987-1491-19-3

1. Literatura. I. Título
CDD 860

Ilustración de tapa: Rodrigo Kommers Wender

© Editorial El fin de la noche, 2010
Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-1491-19-3
Editorial El fin de la noche

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra,
escribanos a: info@elfindelanoche.com.ar

www.elfindelanoche.com.ar

A Lucía

Condominio

El primero de enero dejó esta vida, como es natural, sin reservas y con dos o tres cuentas pendientes. La relativa brevedad de la misma no me exime de cargos y culpas. Treinta años son suficientes para renovar desdichas y desdecirse cada vez con mayor ahínco, deseando, con un poco de suerte, perder la cuenta e imaginar un cero nuevo y un final feliz.

Siempre quise hacerme de un cero grande como una casa, pero las características de mi vivienda persistieron en la unidad: el monoambiente de la calle Salta ignoraba los afanes de la suma y pretendía inspirar un aire oriental, ascético y ligeramente sinuoso, con sus imbricaciones de caja china. Para que me entiendan debería trazarles un plano, esas líneas rectas que se cierran sobre sí para decir “casa” –algunos, fascinados por ese entramado obsesivo, no dudan en decir “qué casa”–, y se entrecruzan para indicar ventanas, puertas o pasillos. Por desgracia no sé dibujar. Todavía recuerdo mi desesperación infantil con los Kalkitos. Se suponía que la actividad era sencilla; la diversión, cien por ciento garantizada. Yo frotaba con entusiasmo el lápiz sobre las imágenes, y el sudor de mis manos reconcentradas no era suficiente para realizar la tarea como se debía. Nunca pude determinar en la lectura de las instrucciones qué paso estaba saltando, o cuál –era una hipótesis tan buena como cualquiera– los fabricantes de

singular pasatiempo habían omitido incluir. Librado a mi intuición, perdido en el camino de las formas, volvía al cuadernillo con ánimo vehemente, desafiado por la negligencia de la industria y los ribetes lógicos de una ecuación simple sin incógnita a la vista. A pesar de mi insistencia todas las figuras perdían sus extremidades, y por más que reincidiera en la fricción esas manchas colorinches, sin pies ni cabeza ni miembros identificables, mantenían su deformidad. Llegué a creer que el problema era el lápiz; necesitaba uno para zurdos. Recorrí las librerías del barrio sin éxito. Mis padres me explicaron que esos lápices especiales no se fabricaban en el país, y finalmente decidieron de común acuerdo, entre ellos, no regalarme más esos insidiosos cuadernitos. Tiempo después una revista ilustrada me confirmó que el modelo de sustitución de importaciones había sido muy selectivo; sus vectores, orientados hacia las necesidades básicas del consumidor, habían dejado de lado los artículos suntuosos. (Durante muchos años soñé con un mundo habitado por seres mutilados. Indefectiblemente, yo era manco.) Así las cosas, paciencia e imaginación.

Imaginen entonces un espacio minúsculo que lo contiene todo: la única esquina ortogonal del departamento alojaba un pequeño futón, también mesa de living o escritorio, según la necesidad del momento y la altura de mi cintura. Dos armarios cuidaban de mi higiene personal: detrás de la puerta blanca, perchas, estantes y algo de ropa; la puerta de acrílico a duras penas ocultaba la ducha. Un ventiluz impúdico, denso y fino como el trazo de una carbonilla, me servía de jabonera. Un desliz personal del arquitecto –su marca de estilo– que decidió abogar en pro de la comunicación de las torres y el ahorro de material. Los arquitectos, se sabe, no se ocupan de cuestiones humanas.

Construyen maquetas y hombres a escala, decían mis padres; como los reyes del pesebre, dejan regalos inconsultos cuya utilidad es incierta y con los que debe uno conformarse y aprender a divertirse. (Esa ventanuca fue a su vez un digno buzón. Ya les contaré; es una tragedia.)

No nací en este departamento; lo habito desde mi primera juventud, casi dos décadas atrás, una eternidad. Mis padres, verduras laminadas o zancudas parisinas, decidieron partir hace tiempo, expeditivos. Pese a ello no me sorprendería encontrarlos en algún rincón de la vivienda, murmurando sobre el resultado de sus previsiones. Creo recordar que se fueron al extranjero, acaso en busca de ese lápiz dichoso, como tantos otros de su generación. Eso anunciaron los diarios, al menos; yo no lo sé. Para mí son ese triangulito ahumado de los antiguos gráficos sociales, una de las tantas cifras de las infografías domingueras. El 3,1% de la horma total. Siempre se arreglaron con poco. Frugales hasta en el ahorro, deben de haberse alojado en los agujeros menos cotizados. Es el precio de la pasión, decían ellos, y nadie escapa a su condición de deudor. Esta torre, sigo citando, fue su inversión a futuro. Hijos de inmigrantes, nietos de asalariados tenaces, y de por sí fervientes voluntaristas, quisieron legarme un título de propiedad. Cuatro paredes mías, mías, mías. En efecto cumplieron con su propósito. Irreprochables como de costumbre, me dejaron un oficio apostillado, certificado, legalizado. Su firma aquí, y sobre los nítidos puntitos -la impetuosa *q* asomada al abismo-, mi nombre: Roque Recart.

Conservo el documento como reliquia, un gesto anacrónico que me invade y del cual no puedo deshacerme. Es una curiosidad, el único ejemplar de papel que aún subsiste entre mis cosas. (Sobre su reverso garabateo estas notas antes de pasar a mejor vida.) Para

ser veraz, intenté hacerme el distraído y olvidarlo en los recovecos de mi piso. Esconderlo, es decir, guardarlo adrede, hubiera sido una ingenuidad flagrante y tal vez una decisión acertada. Preferí sortear mi memoria y dejarlo caer, como quien no quiere la cosa, despistado, en algún lugar –no voy a decirles cuál– del departamento. Pocas horas más tarde mi vista develó el ardid entre el living y la cocina. Próxima a la escritura, una fotocarnet me recordó las muecas de mis nueve años. (Todavía me pregunto si no habrá sido Clara la autora de la instantánea.) Linda foto, por cierto: el pelo lamiendo a la izquierda, las pupilas confusas entre tanto iris, la boca esforzándose por acomodar los labios dispares, refractarios. ¡Una pinturita!

No me iba a dar por vencido al primer fracaso. De ningún modo. Me vendé los ojos con un repasador a cuadros, y papel en mano, giré sobre mí mismo, no recuerdo si en dirección horaria o a la inversa, contando hasta cien. O ése era el plan, el plan perfecto. En realidad, promediando la treintena, ya mareado y brioso, arrojé el papel aprovechando el impulso liberador de la fuerza centrífuga. Imaginé su vuelo triunfal a través de la atmósfera doméstica, su trayectoria veloz y certera hacia un objetivo ajeno a mi voluntad. ¡Vuela, pasado, vuela! ¡Adelante! Por un segundo quise saberme contrito ante tamaña despedida y tuve que esforzarme para no llorar. Fue un efecto de las circunstancias, un vahído meloso del que me sobrepuse de a poco, avergonzado por haber sucumbido a un itinerario predeterminado, uno de los tantos hechos a medida para todos y cada uno de los tantos que nos dejamos llevar por la sensibilidad prosaica y las agencias de turismo. Tardé un rato en desanudarme el repasador y dos en volver a enfocar la vista. El primer paso había sido un error; el siguiente, una confabulación del cálculo y el azar. A mis pies,

en señal de victoria, el maldito documento exhibía orgulloso los sellos y las rúbricas. Me senté en el futón. Tenía que pensar, pensar en cómo, pensar por qué. Resolví –empecé bien– olvidar todo el asunto y convivir con la escritura. Al fin y al cabo no era más que un lunar, una mácula diminuta que bien podía perderse entre el ropaje cotidiano. Confiaría en mi desidia, en la indiferencia de las cosas; estamparía el documento en una de esas paredes mías, mías, mías, y fijaría su residencia dentro de mis dominios. Sería un rehén político incomunicado por costumbre, un niño pensando en el rincón durante demasiado tiempo, una mascota que moriría pronto de inanición y falta de afecto. Sí, podía cargar con una seña particular si limitaba sus contornos y la relegaba a un primer plano imperceptible, apenas primer plano, raramente seña, poca cosa.

Hubiera podido, estoy seguro. Pero no pude; no después de encontrar debajo de una de las suelas de mis zapatos una laminilla numerada con restos rojizos y ocre. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Cómo pudo alojarse en el granulado de goma y resistir al peso de mis pasos? En su dorso, otro fósil vertebrado de origen ignoto: “capicú”. Sin pensarlo murmuré la palabra exhumada, una y dos y más veces, hasta que pude decirme “estoy murmurando” y enmudecí.

Mis ulteriores experimentos se frustraron, como era de suponerse, uno tras otro y en ese orden. La progresión fue desoladora; los hallazgos, diversos y melizos. Cada vez que intentaba deshacerme del papel encontraba papeles. La especie era solidaria con sus semejantes, y nada mejor para estos entes demoníacos que mi reducida vivienda multiuso, toda magnetismo y algo marañosa. Junto con la foto y la laminilla, apilé los impresos en un extremo del futón, coronando el módico castillo de naipes con un boletín de calificaciones

atiborrado de comentarios en tinta roja. Al parecer, si he de creerle al resplandor del cromatismo, no me desataqué en el estudio de las ciencias duras. Eso explicaría mis dificultades. ¡Es tanto más fácil sumar que restar!

Descubrí entonces, en ese instante luminoso, que no hay por qué desplazarse, todo está al alcance de la mano. En casa estoy siempre a un paso de la comodidad. Por eso no vale la queja en los complejos modernos. Nada falta en este edificio. Ustedes lo saben, basta con hacer una somera lista de sus atributos: frío y calor a discreción, viandas puntuales, y el televisor que, si quiero experiencias del exterior, me satisface de inmediato con una imagen vívida de la calle. Siempre desierto, el horizonte se confunde con el marco plástico de la pantalla. La única dificultad, seamos sinceros, reside en compartir el espacio. Sé que ustedes, o al menos la mayoría de ustedes, considerarán ridículo este anhelo, pero es herencia de una educación vetusta y malsana. Dije la mayoría, fue un momento de distracción. Nunca ha existido tal cosa. Nadie quiere compartir sus inclinaciones con los otros. De sólo pensarlo incluso a mí me dan escalofríos. Y cuando tiemblo, y la columna es sólo alarma y escozor, recuerdo la admonición paterna: si te ve, Roque -o si vos lo ves-, te lleva. El Portero Errante recorre con método los pasillos, ausculta las puertas, rasga las ventanas. Vela por el vacío, el silencio y la limpieza. Su leyenda fue el terror de mi infancia. Toda travesura se clausuraba con la mención de la inminente llegada del monstruo. Porque lo era, de eso no podía dudarse. ¿Qué clase de hombre dedica sus días a espiar la vida de los otros? ¿Qué ser custodia sin fin la soledad de los lugares de paso? Pasé largas horas alternando ojos en la mirilla y nunca lo vi. De la rabia me incrustaba en la abertura metálica

hasta saciarme de exoftalmia y de tedio. Ansiaba escoltarlo en su ronda nocturna, atravesar las torres y, sigiloso, copiar sus pasos sin que se diera cuenta. Quería ser el portero del portero.

Ahora que no temo sus apariciones puedo confesar que alterno a diario con mis prójimos. Durante mi aseo personal suelo entretenerme en la contemplación de las filminas que recubren las paredes del baño. Debo agradecerle a Clara esta insospechada diversión. Sin previo aviso ella deposita en mi jabonera las instantáneas de los inquilinos. Su departamento en la torre O comparte la entrada con el mío y nuestros padres los adquirieron en simultáneo. Me gusta creer que en otros tiempos jugábamos a las escondidas y en algún punto -no voy a decirles cuál- ella dejó de esconderse y yo dejé de contar. Cosas de chicos. Hoy somos vecinos y vivimos en el mismo condominio. Su generosidad no tiene límites. A modo de bienvenida, ella me ofrendó la imagen de su nuca sobre mi primer plástico amigo. Desde entonces espero dichoso cada nueva entrega y atesoro las filminas con amor.

Y ya son tantas que algunas se superponen pero ninguna se repite. Sobre un fondo común alguien mira a cámara e ingresa al edificio. Después desaparece sin más, pero eso no está en la foto. En ese preciso momento intervengo yo, aunque sé de antemano que no me es posible descubrir quién es quién en este mausoleo de caras y fechas. Aún así elijo una cualquiera y me doy el gusto de intentarlo. Las puertas se abren y un hombre, por ejemplo, camina con desgano hacia los ascensores, ladeado hacia la derecha por pensamientos graves, e interrumpe su marcha, por ejemplo, para buscar algo en la cartera, un estuchecito verde, pobre remedo de reptil, y retoca su maquillaje, por ejemplo, como si importara, y se desentiende del ascensor, decidido a

terminar su golosina antes de volver a casa, mientras se ata los cordones sin dejar de cebarse, emperrado, satisfecho, apático y así o de otra forma. A veces me detengo en un gesto de mi vecino y por pura maldad, para ver qué pasa y qué no, suspendo su movimiento, lo dejo vibrando como un fantasma, o lo repito frenéticamente. Por motivos evidentes nunca puedo juntarlos en la misma escena: sería tan irreal, tan poco creíble que la sola idea estropearía todo el juego. Cuando agoto posiciones y diseños, o me agota la reiterada circunstancia, armo series con las placas afines de mi colección. Los que arquean una ceja hacia las cámaras, los cabizbajos, los que sonrían sin causa ni consecuencia. La transparencia de las filminas no debería impedir que reconozcan mi propia entrada al edificio. Búsquenme: yo también sonrío.

Entre el duchador y las canillas dispuse mi serie favorita: mechones solitarios o simples manchones de algún vecino y el resto es la puerta y sus aledaños. Las hojas de vidrio, desproporcionadas, invitan a la contemplación.

Antes de entregarme al refregue de las toallas dibujo sobre las filminas con la humedad del baño. Deslizo mi dedo índice sobre los contornos de mi vecino y con extremo cuidado y constancia me extiendo sobre la superficie de los azulejos. Aquí imperan las articulaciones y los accesorios. Soy muy detallista: un codo o una rodilla pueden insumirme más vapor del necesario. Difícilmente llego a completar las figuras. Nunca me alcanza el tiempo para esbozar todas las partes del conjunto. Desesperarse y persistir no ayuda; el agua, sus emanaciones tibias, ingratas, me escaman las manos y debo detenerme antes de ser puro hueso. Interrumpo mis tareas con fastidio. Después enciendo el extractor y el súbito remolino barre los

restos de mis dedos que impregnan las filminas. Con mis huellas desaparecen los cuerpos, y todo listo para la próxima partida.

Hace meses que no recibo una nueva filmina. Se ha dejado de importar el plástico que absorbía las figuras de mis vecinos. Dicen que era tóxico y excesivamente caro, que hay que actualizar las tecnologías. Dicen muchas cosas; también hablan sobre el fin de las filminas. Yo no sé cómo puede vivirse sin plástico, y no estoy dispuesto a prescindir de él. Tampoco voy a tolerar que se juegue así con la gente.

Me consta: estoy poseído y exorcizado; me oprimen la compulsión gráfica y la falta absoluta de destreza. Técnica, talento, temple: los desconozco. ¿Serán necesarios? Ya que no hay números que ordenen el rumbo de mis trazos puedo alegrarme con borrar este pliego. Lamentablemente –está a la vista–, mi caligrafía deja mucho que desear. Sin lápiz ni lapicera, sólo me resta aguardar que en el futuro, fino de motricidad y si reincido en estas digresiones, cobre mi cuerpo mayor dominio en dichas lides. Quizá ser zurdo y manco, horror de mis pesadillas, sea casi –casi– como ser diestro. A tientas, bajo un haz de luz negra, me abriré camino con mi muñón: será una fiesta.

El calendario invita al brindis. ¡Salud! Dejo estas notas como señuelo para el portero y augurios para el año por venir. Algún vecino, o la misma Clara, pronto –empiecen a contar– me verá atravesar la diagonal de su pantalla y perderme, sí, contingente y sin mirar las estrellas, tras el margen de la carcasa.

Tiro de gracia

Llega al barrio por pedido de terceros. Cuando hay que hacer un trabajito va a dónde le digan, igual los viáticos se incluyen en la tarifa. Se aloja en un hotel de pasajeros cerca del teatro. El Sportsman está en alza. Desde la puerta se escuchan martillazos, una mezcladora de cemento. La alfombra de la entrada, raída y todo, hace juego con el rojo encendido de la escalinata. Sube despacio, escalón por escalón. Le dan una habitación de las viejas con baño privado. No hay vacante en las remodeladas. El recepcionista se excusa por el inconveniente pero la suya da al patio como las otras. Consiente al hombre que cumpla su rol. Éste recoge la valija, el estuche, y le muestra el cuarto. Agradece la deferencia con un peso. El hombre esperaba más, se le nota a la lengua. Un portazo limpio cancela sus expectativas. No eran muchas sino yeites del oficio. Es sabido y él bien lo sabe.

Se quita el pegote del Sarmiento con una ducha fría. La toalla es una lija y se raspa con cuidado. Prefiere su peine al del hotel. El traje está como nuevo. (Su mujer tiene manos mágicas.) Cierra la valija y abre el estuche: todo en orden. Sale del cuarto sin apagar las luces. Los obreros juntan ladrillos en la habitación contigua. Cruza el patio hacia la recepción. El hombre atiende a una pareja y aprovecha la ocasión para no saludarlo.

Camina hasta la Plaza Lorea. Los borrachos están ahí, tirados en la esquina frente al Liceo, tal como le

habían indicado. Se hacen un festín con tres cartones de vino. Saca la billetera; los invita otra ronda. Están fascinados. Lo reverencian como a un amigo. Los ve correr hasta el almacén chino adosado al hotel. Entran airosos.

Dobla hacia la avenida. Cien metros más adelante ve a un grupo de gitanos. Son cinco jóvenes; uno improvisa pasos de flamenco; los cuatro restantes le miran los zapatos. Brillan.

Rodea al grupo y continúa en línea recta. El Asturias promete frutos de mar a toda hora. El olor a fritura confirma la promesa. Sigue caminando y entra a los billares. Espera al mozo en una mesa lateral. Llega el mozo y más tarde el café doble. Lo toma con la mirada fija en la taza. Cuando siente la borra en la lengua devuelve la taza al plato. Se para y pone diez pesos debajo del vasito de agua. No salpica una gota.

Se acerca a la barra y pregunta por Reche. Le contestan. Va hacia las escaleras; baja. Muchas mesas en un subsuelo sin gente. Sólo Reche en la del fondo, errando una carambola fácil.

-No era fácil -le dice.

Reche sabe que tiene compañía pero la ignora. Busca la tiza y prepara el taco. Vuelve a tirar. Falla de nuevo. No es el pulso sino la posición del cuerpo. Se para de costado sin enfrenar la mesa como dicta el manual. Reche lo sabe y él también.

Apoya el estuche en la mesa de al lado. Se abre sin ruido. Calza las piezas, las enrosca. Con un fieltro releva la humedad y le da brillo al esmalte. Espera su turno con un cigarrillo en la boca. Da pitadas largas. Con la última, como si las hubiera contado, Reche descansa su puntero sobre el borde de la mesa y lo mira. Le convida del paquete. Mientras Reche fuma, él coloca las

bolas sobre el paño. Están en posición: se juega francés a tres bandas.

La casa empieza por cortesía del invitado. Reche hace dos carambolas y por poco una tercera. Era linda la jugada. Tocó su blanca pero la roja quedó inmóvil en el lugar. El lamento de Reche es apenas perceptible, un calambre en las narinas.

Su turno, en cambio, dura media hora. Reche observa y manotea los Camel sin pedir permiso. Se le oscurecen rápido los dedos.

Los tiros son precisos. El hombro impulsa el codo en ángulo recto –si es que eso es posible– y el taco se desliza entre los dedos con un roce apagado. Son estocadas que ahogan a Reche. Las bolas pasean por los cuatro rincones. Se desplazan juntitas, magnetizadas.

Antes de ganar la partida él mira las bandas pero se concentra en el taco. Pifia feo. El paño queda herido. Reche no pierde la oportunidad. Dice: –El corte no cicatriza solo–, y se ríe con el vientre hinchado. Le responde desmontando su taco. Busca el fieltro, guarda las piezas en el estuche. Pone un billete de cien sobre el tajo de la mesa. El dado de tiza no se desarma en su puño. Sube las escaleras sin decir palabra. Por la puerta de atrás, con paso seguro, sale del billar.

Vuelve al Sportsman para una siesta. El patio está desierto. Hay ladrillos junto a una pala, bolsas de arena. Abre el puño y tira la tiza en el cemento fresco. Tiene puntitos azules en la palma de la mano. Se duerme con el rumor de la mezcladora.

Una hora después hay trifulca en los billares. Reche pierde una fortuna jugando con los gitanos. Apuesta cien pesos y no le va bien. Sigue apostando con

idéntico resultado. No quiere pagarles. A esos muleros no les va a pagar. El altercado se muda a la calle. Los gitanos lo maldicen. Son cinco y no se conforman con palabras. Lo empujan: es sólo un adelanto de lo que se viene.

Reche es vanidoso pero no estúpido. Tampoco quiere que lo fajen. Levanta las manos para calmar el ánimo de los jugadores. Se miran los gitanos. Están decidiendo qué hacer con el maldito hijoputa. Reche mira sus manos pensando en otra cosa. Cuando las baja está a media cuadra, corriendo como un loco.

Es rápido Reche. Los gitanos no esperaban la huida. Reaccionan tarde pero son jóvenes y son cinco. Mueven las piernas, mejor que se apuren.

Reche llega sudado a la plaza. Los va a cagar, a los gitanos. Deja la avenida, dobla hacia la calle del teatro. Cuatro siguen de largo y se despistan cerca del Congreso; uno se aviva y pega la vuelta. Lo busca enfurecido. Lo encuentra sentado en la puerta de un almacén, y no está solo. Disimula su presencia entre borrachos revoltosos.

Reche advierte la patada y esquivo el bulto. La liga un borracho que se desespera pero el cartón cae y el vino fuga. Una mancha negra brilla en el zapato del gitano. La catástrofe merece compensación. -¡Pagá, gitano, pagá!- gritan los tres borrachos. Pero el joven no paga porque Reche aprovecha y se escapa escaleras arriba. Suben todos a la disparada.

La recepción es a trompazos y con párpados morados. Un hombre sale vehemente del mostrador. Quiere poner orden. Putea a los borrachos, al gitano, a Reche. La gresca no se detiene, suma un participante. En el tumulto algo cae por la escalera.

Se despierta por el griterío. El Sportsman es confusión, recriminaciones, policías. Usa el peine y guarda el traje en la valija. Pasa por el baño. El estuche está sobre la cómoda. Apaga las luces y sale del cuarto. La gente habla en el patio. Habla mucho. Un hombre se quebró la nuca en la escalera. Pudo ser la alfombra. En la recepción hay un puesto vacante. También hay cinco incomunicados.

Él tiene un tren a medianoche. En el subte a Once cuenta los viáticos. Compra cigarrillos en la estación. Debería traerla a su mujer al Asturias. Un día de éstos, a cualquier hora. Se va del barrio sin que noten su ausencia. No sabe qué le espera de cena.

Los autos locos

Marcha atrás y bien a fondo: la bandera azul flamea desganada en la mano de Matías y el Taunus se desliza rápido, seguro de sí, hacia la pared medianera. Se detiene a tiempo y en escuadra. Matías, sin embargo, todavía escucha el borboteo del motor, las bujías corcoveando por la inesperada inyección de combustible y la fricción de los neumáticos contra el asfalto, hasta que el pie derecho de Teo aminora la presión, justo lo necesario para que el Taunus retroceda al fin sin esfuerzo, mientras Teo, su brazo derecho, abraza el respaldo del asiento a su lado, con el cuello tirante en plena conversación con su objetivo, interesado en la réplica que allá a lo lejos, a medio metro del pavimento y sobre el revoque descascarado del muro, dos luces blancas, certeras en la noche, pronuncian sin estridencia, a cada instante más delicadas, puntillosas, para que el pie derecho, siempre el mismo, se adense suave sobre el freno, y Teo asiente y la bandera, mancha azul descompasada, extraña al espectáculo, sigue oscilando a su ritmo, una vez que las esferas blancas se pliegan sobre el cemento, y se apagan: punto muerto.

El radiador demora sus revoluciones unos segundos; Teo ya está afuera del auto, cumplió su tarea. Camina hacia el portón y se ríe de su hermano que, siempre en la suya, pensando en sus cosas, revolea la bandera como un juguete malogrado. La expresión no

es adecuada: para Teo Matías es refractario al pensamiento, ajeno al mundo de los vivos. Hace la plancha, como dice Julia, y Julia sabe de qué habla. Durante la adolescencia aquietó sus nervios en la pileta olímpica de GEBA. Debía dar gusto verla nadar, ver su cuerpo pura comba enderezarse en las aguas, perseguir la presión del elemento para encorsetar las vergüenzas de un desarrollo precoz. Debía dar gusto, piensa Teo, y cada tanto se lo dice pero para Julia la natación ya fue. Fue un exorcismo de la edad, unos cuantos largos, besos redundantemente húmedos debajo del trampolín. En ese azul a dos aguas, con los omóplatos estrellados en las cerámicas y las piernas mimando calamares, Julia aprendió a sostener con sus labios el peso de los otros. Y a dejarlos caer, tan mojados los perritos, con un sordo chapoteo.

Dando saltitos entre baldosas y deseos ajados, Julia se acerca por Rivadavia con una remera purpurada –su última creación– que Teo sabrá apreciar en su justa medida. Es pertinente la expresión: Teo examinará cada pliegue de la remera hasta encontrar la veta madre, el cordoncito que ordene ese entramado de hilos y tinturas baratas. Matías podría sonreír o alarmarse, pero no se dará por enterado. Para Matías Teo es su hermano mellizo, y sólo eso.

Matías ensobaca la bandera y prende un cigarrillo. Julia saluda y, sin esperar respuesta, lo besa, le roba una pitada, le quita la bandera y camina hacia la garita en busca de Teo. A los gritos, se arrima a la puerta sacudiendo la bandera de un lado a otro.

Cuando llega Julia siempre es hora de cerrar.

En el inaudito bullicio de los corredores, todo es posible y todos se aprestan a desbordarse mutuamente. No se lo habían propuesto de antemano, pero el fervor de sus miembros –la novedad del paisaje– los lanza hacia adelante en busca de la meta. La inexperiencia general los mancomuna y los confirma en su error: creen, espontáneos, que ganará el mejor. No censuramos semejante concepción del mundo; han subsistido hacinados en un medio inhóspito al desarrollo intelectual, con temperaturas tropicales que atontan y adormecen, librados a su suerte, sin cábala alguna. Carecen de tiempo, y sin tiempo la abstracción es un abuso de confianza, un suplemento vitamínico penado con rigor. Apenas unos rudimentos de darwinismo y los pobres, con ese bagaje, hacen lo que pueden. Su idea de individualidad es precaria; nace con el primer reflujo desconocido y la oleada siguiente les impone una tosca metodología de supervivencia: correr por la vida.

La vida de estos velocistas, de hecho, es breve; su arte –en los contados casos en que se registra tal anomalía–, efímero. Arriba en las alturas lo aguarda la gran esfera, premio y destino del más raudo, violento y decidido. Como ése que deja una estela oleosa a su paso. El mismo que ahora, con varios cuerpos de ventaja, avanza ciego a su porvenir. Observen su andar: el vigor de sus extremidades no oculta cierto alarde de estilo, los movimientos regulares de quien confía en el engranaje de sus propios mecanismos. Deberíamos darle un nombre, pero es demasiado pronto. Espere-mos el resultado de la contienda; siempre hay algún tapado que reserva sus energías para la recta final.

El movimiento es sencillo pero tiene sus vueltas. Teo sabe a conciencia que el orden de los factores altera el resultado. Habrá que recular con el Escort, dejarlo encaramado al cordón bien sobre la derecha, sacar el Renault para la izquierda, despedir ligero al otro Ford, entrar al recién llegado, y volver a acomodar los autos en sus nuevos lugares.

En el lapso que le lleva idear el plan de acción, su cuerpo vibra y voluntarioso se amolda a la carrocería del Escort, primera parada de su recorrido. En dirección hacia el auto sus pies se alargan y, una vez dentro, colman sin excesos el perímetro fiel de los pedales. Atrás, adelante y viceversa, según corresponda. En plena marcha, cualquiera sea el habitáculo que lo ocupe, la satisfacción y el orden (de los factores) van de la mano y se posan sobre el volante de turno para llevar a cabo los pasos prefijados.

Es una demostración de oficio y pericia técnica. El rectángulo no tiene secretos para Teo. Conoce sus medidas a la perfección. Cuatro filas compactas de autos, de cara a la calle. Sólo hay que saber abrir un espacio, uno solo, y usar el casillero vacío para mover los autos de posición. Con esos desplazamientos mínimos se ganan la vida los hermanos Marcantonio, y mal no les va.

Teo pasa de un auto a otro sin dilaciones. A la altura del Renault, Matías escucha los comentarios del dueño del Ford saliente. No sabe de qué habla pero secunda sus palabras con una ausencia inconstante. El hombre se va ir contento; el auto no tiene rayones. Estos muchachos son buena gente.

Detengámonos unos instantes en aquellos que, contranatura, giran en falso, olvidan el bien común y,

sin más, se detienen. Ensimismados o sensibles a la atmósfera que los rodea, estos paradójicos corredores parecen desentenderse de la competencia como si no les incumbiera el resultado. Para los que ocupan las primeras posiciones, éstos no son más que rezagados, una prueba de su buen desempeño, el aliciente necesario para continuar. Y ahí van, echando espuma.

No hay lógica que rija el comportamiento de los rezagados. Se han esbozado numerosas hipótesis, pero el conjunto se resiste a la síntesis, a los universales, a ser, en efecto, un mero conjunto. Ni siquiera puede afirmarse que posean cualidades únicas, signarlos como excepciones. Su constitución biológica es idéntica a la de sus compañeros más reputados, y las diferencias anatómicas no dispensan respuesta alguna. Tampoco es infrecuente que tras demorarse en sus paseos adquieran velocidades insospechadas. Con todo, la teoría del letargo carece de asidero. Ninguna regularidad ha podido establecer un patrón de conducta, y el debate que los sobrevive es una balanza idiota que se inclina según el peso específico de los disertantes. ¿Quién sabe si duermen, reposan o meditan? ¿Quién sabe si están perdidos, al acecho, impávidos, heridos? ¿Quién sabe si, curiosos o intrépidos, simplemente se dejan estar? Nadie sabe, y sin certezas, proliferan las analogías. A falta de casos ejemplares, habrá que rendirse ante la evidencia del azar.

Sobre Rivadavia Matías tiene su sillón. Ahí lo encuentra el saludo parco, monosilábico del veterinario de la cuadra. Vuelve con sus perros del paseo matinal, y éstos no pierden oportunidad de regodear los intestinos en la entrada del garage. Entallado con diseños

serpentinis, bajo los neumáticos del próximo cliente, y removido poco a poco por la circulación de los sucesivos rodados, así imagina Matías el futuro provecho de semejante producto. Es el aporte de los perros a la industria automotriz y a la política ecológica: cero conservantes, biodegradable, patinoso.

Un labrador husmea los jirones de cuerina y goma espuma que ocupa Matías. El armazón metálico supo ser la butaca de un Torino; sus restos son a prueba de hurtos, lluvias y gratificaciones dorsales, pero al labrador no le importa; todo es hueso para sus dientes y todo hueso lo imanta férreo como su media naranja. Entre el sillón y la pared de la garita descansa el estandarte oficioso que alerta sobre el paradero de vacantes, una E blanca y circulada que se ondea sin vientos y transporta a Matías de polo a polo, a velocidad crucero, libre de sobresaltos y ánimos de aventura, en un paseo cotidiano, como quien da la vuelta al perro y se muerde su propia cola.

Lo está mordiendo el perro, ahora, preso de un ataque de gula involuntaria. A veces pasa y el veterinario chista cortito para atraer la mandíbula del animal hacia los compañeros que cumplen a rajatabla la consigna de morderse entre ellos y seguir adelante sin más digresiones. El labrador se toma un tiempo extra antes de acatar el llamado, el necesario para impregnar la pierna de Matías con su secreción pastosa. El rastro de saliva sobre el jean parece una costura fuera de lugar, el detalle que revela su origen de clase –de segunda selección– o su diseño de avanzada, una marca que reubica la anatomía y que haría las delicias de Julia. Tengo que contarle, piensa Matías, mientras descubre en los confines de su rodilla la escasa impermeabilidad de ese género popular.

El veterinario festeja el regreso del labrador con otro monosílabo y se lleva a rastras al contingente que, tras las corridas en la plaza, ha reemplazado el exceso de energía por un jadeo babeante cuyos frutos -ahora Matías lo sabe- no perfuma con aromas cítricos la tela que lo viste. Teo se acerca con un balde y Matías siente que debería enjuagar el pantalón y lavarse las manos aunque no sabe muy bien por qué. Hay un baño en la garita. Matías se va como quien no se mueve, resuelto a ese instante de higiene preventiva, y queda ladeado en su butaca, no incómodo sino sorprendido por una idea que interrumpe sus movimientos pero nunca se concreta y se diluye en su vaguedad. Otra idea lo incomoda y no es propia: tiene un balde en la mano y la mano de Teo señalándole la ubicación del bidón de lavandina en el armario de la garita. Hay que limpiar.

Los autos entran y salen y Matías, siguiendo las indicaciones de su hermano, los recibe y los despide con el fervor y la elegancia de un guardia suizo a punto de renunciar.

Van llegando los amigos. El último reparto es a pura sonrisa, caras cenicientas, peinados barrocos. La mensajería cierra a las seis; los motoqueros cruzan por enésima vez la ciudad y sus alrededores para dar cuenta puntual de la labor del día. Desparraman las motos a un lado del garage. Ya discuten, desde el vamos, o venían discutiendo algún asunto imperioso, y hacen sentir sus voces en la cuadra. Matías se sienta y escucha. Por orden de llegada, aquí están.

Se lo tilda de esperpento sin razón. Les molesta, a los otros, que ande improvisando el rezagado, que desoiga el llamado de la especie. Juzguen ustedes: en

aquel recodo del camino, entre la tropa pululante, debajo se diría, uno de estos testarudos sin reflejos. No es un bello espectáculo. La multitud lo está pasando por encima, es un cúmulo de golpes, un punto de apoyo, la sombra viva de su paso. La impasibilidad del rezagado es temeraria; su resistencia merece todo nuestro asombro. Como es debido, pagará con sangre tanto arrojo. Las deformaciones de su estructura física no facilitan, a primera vista, el reconocimiento del rezagado. Si ahora no atinamos a identificar los restos de su figura con aquel flojo andarín que supimos conseguir entre los competidores, es éste, esto, lo único que aquí reside y aún respira. Debemos confiar, necios, en la continuidad del sujeto. Llamémoslo así, sin nombres propios, para no complicar las cosas, y que nos perdonen los especialistas y nos asista la verdad.

Cincuenta centavos, muchas gracias. La dos, la tres, la once, dice Julia, y sonrío con las comisuras en franca tensión, los dientes lustrosos. Segundos después, la dos, la tres y la once titilan agradecidas en la cuadrícula de su monitor. Si todas las casillas se encienden durante una hora, sólo una hora, cena en Avenida de Mayo, con vino y todo. Detrás del mostrador siempre arrecian los deseos y, por convenio laboral, ahí agonizan tibia, lentamente, hasta la hora de salida. Pero no para Julia. Ella realiza u olvida sus deseos al instante, y lo que queda de ellos es una mueca, un gesto suspendido que se acopla al siguiente, dándole un empujoncito afectuoso. Hoy es viernes, y los viernes, como los jueves, son un ovillo apelmazado de mínimas concreciones, una serie de ocurrencias arrojadas hacia adelante, al vacío, como esos trencitos abstractos que le gusta coser sobre

sus vestidos de tafeta. Hoy se desvive por las monedas de un centavo. Necesita varias decenas para fijarlas en una tira de cuero que nunca ceñirá su cintura. Quizá también le sirvan como charreteras para el saco de pana verde. Depende de cuántas consiga.

Son las ocho pasadas: las seis y tres en New York, las doce y dos en París, las cinco en punto de la mañana en Tokyo. En el interín se perdieron algunos minutos. A nadie le importa. Las pilas nuevas, destinadas a los relojes de pared, están en el discman de Julia. La música en sus oídos suena ahora en las grandes capitales.

Gracias por el cambio, dice Julia en voz alta para hacerse lugar entre tanto murmullo. Los cubículos de metal y acrílico nunca cierran; el sonido se arremolina y se mezcla con los escándalos del televisor empotrado sobre Tokyo, la música del discman, el tránsito que huye del centro para volver al día siguiente, desde las siete hora local. La señora de la once vocifera reclamos a su hijo, allá en el norte -\$ 1,25 el minuto a Connecticut, EE.UU.-, mientras busca incesantemente la posición que aleje la conversación de su vecino de cabina. Se encorva que es una maravilla. Una pena por la bufanda, va a enchastrarse con la mugre del piso. Ese rojo quedaría mejor con el vestido de la tres. ¿Lana con lana? Demasiada oveja.

Las chicas del fondo -llamadas metropolitanas: tarifa reducida- se hablan a través del vidrio sin saber qué hacer con el teléfono. Enrulan el cable y esconden el tubo detrás de las nuca; es una pieza que no encaja en ningún lado y avergüenza y usurpa el libre albedrío de las manos. Julia las mira y, como un pulpo, concede o inhabilita cabinas y retoca con hilo sisal un mantón estrafalario que esta noche pasará de su falda al torso de Teo: es un regalo.

En breve los cubículos estarán mudos y, tras el arqueo de la caja, las manos de Teo, quizá una peli, comida china y de nuevo las manos de Teo y todo él toda la noche. Una fantasía; Teo trabaja los sábados.

No confundamos los espasmos eufóricos de los adelantados con el jadeo de los que comienzan a ahogarse. Ellos no lo hacen, y no veo por qué habríamos de hacerlo nosotros. Es verdad que emiten el mismo sonido, una nota aguda, plena de reverberaciones que nuestro instrumental, ya vetusto, apenas reconoce como un todo. A pesar de ello solemos revestir nuestras deficiencias auditivas con diversas especulaciones sobre este trino colectivo.

Los antropólogos insisten, a la luz de sus más recientes descubrimientos, en el matiz comunitario de dicha experiencia sonora. Sostienen que el chillido no es más que un grito de guerra, una forma de darse aliento y esperanza en condiciones extremas. Hay quien discrepa, ofrece hisopos y postula un nuevo avatar del atonalismo. Se trata de un canto sin melodía aparente pero con variaciones armónicas, más cerca de la música incidental y de vanguardia que de las letanías místicas que otros pretenden achacarle.

Los secundan, de lejos y en disconformidad, semiólogos y lingüistas. Para ellos es innegable que estamos ante un lenguaje inarticulado, puro significante que cambia con el contexto, aunque todavía no han podido establecer una definición certera para este último concepto. Como siempre, hay sectarios maliciosos que denostan el carácter romántico de estas notas. Baste recordar que los neopitagóricos en actividad tensan la cuerda y reducen el arte de los

corredores –su canto de cisne– a insensibles equivalencias matemáticas.

- Guarda con la espuma. No es gratis.
- Preferiría tomar en vaso. ¿No hay vasos, Mati?
- Fino lo tuyo. Dale como viene o pasá la botella.
- Hay tazas en la garita.
- ¿Tazas?
- Circulando. Yo también traje bombilla.
- Ahí va. Tranquilos, los gauchos. A ver si se entiende: sin vaso no hay espuma. Y sin espuma...
- ¡No hay cerveza!
- Punto para Suzuki. Es lógica pura. Pura física. Física elemental.
- ¿Lógica o física? Póngase de acuerdo, Doc.
- Suena a publicidad. Tres chapitas más un peso por el vaso de regalo.
- Un vaso en forma de botella. Del pico, Rulo, del pico.
- Para espuma usá champú. Pasá la botella de una vez.
- Exacto. Es como el champú. Si no hace espuma, es mayonesa.
- ¿Usás champú?
- ¿No se comerían un chori? Me dio un hambre...
- ¿No será química? Me parece que es química.
- Paren un poco. No mezclemos los tantos. Una cosa son los líquidos y otra cosa...
- ¿Y otra cosa?
- La mayonesa. O el champú.
- Tenés razón. No lo había pensado. Tomá la botella, empachate. Ojo que no sirve para la caspa.
- ¿La espuma es la caspa de la cerveza?
- Bien ahí.

- Es verdad. ¡Abajo la espuma! ¡Viva el Nopucid!
-Ése es para los piojos, Zeta.
-Cerveza y espuma son una y la misma cosa.
-No, señor. Son dos en una. Pero tienen vidas paralelas.
-Hasta que la muerte las separe.
-Amén. Abran otra que ésta ya espichó.
-¿Tan rápido?
-Traé las tazas, Mati. La segunda vuelta viene con yapa.

En toda carrera hay puntos de inflexión, soplos de incertidumbre que amenazan con subvertir el orden de los acontecimientos, la posición de los contrincantes, el favor de las apuestas. Como podrán advertir los aficionados, e incluso el público general, los corredores ya han trazado una línea sobre esos puntos, y poco o nada queda por esperar del desenlace de la partida.

Sin pausas, pero acentuando cada tranco, el estilista continúa su ascenso, sabiéndose visto por los demás (ya no es un par; es, él mismo, la misma meta), guiado por el resplandor de la esfera que se avizora, límpida y final, a pocos pies de distancia. La inminencia, como la espera, tiene bordes difusos. Es un intervalo moroso, solapado. El estilista percibe que saborear la victoria antes de tiempo es dar un paso en falso; mirar atrás, perderlo todo. Esa distancia, cree, es el único consuelo de los derrotados. Ellos serán testigos de una hazaña -a sus ojos- que él no podrá observar. Como despedida, y a punto de internarse en el seno de la esfera, el estilista, generoso a su pesar, les deja esa imagen.

Una pregunta tardía lo estremece: ¿por qué corro hacia la esfera?

Dos vueltas de llave y un paso al frente. Son pocas cuadras hasta el garage. Julia camina sin apuros por Santiago del Estero, inmune a los primeros fríos del invierno, lejos del mundanal ruido que paga sus gastos y del discman, inútil en la calle, desterrado ahora entre sus cosas en ese bolso imponente que lleva de acá para allá sobre los hombros. Compra chicles en un kiosco y sigue viaje. Llegar hasta la avenida no es un trámite. Los amigos de la zona, fuera de sus negocios, disponen candados, rejas y cadenas por el sólo placer de demorarse en la charla con los otros, y Julia siempre tiene una observación para cada uno de ellos y ellos muchas para Julia.

Cruzar la avenida ya es una aventura. Hay tanto para ver antes del ultimátum del hombrecito rojo, ese aguafiestas. Cuando se acuerda, Julia lo ignora sin método pero con una simple estratagema: atraviesa la avenida lejos de las esquinas. Son horas pico y el tránsito es tan lento que puede dedicarle largos minutos a los encantos del asfalto y sus pobladores. Los conductores a su alrededor suelen desprenderse de la bocina y dejar de lado toda elucubración sobre caminos alternativos para saludar esa intrusión inesperada. Julia reparte sonrisas y a cambio de la inusual gentileza recibe descripciones parciales de su anatomía, consultas de precio. Devuelve cortesías y pide cifras exorbitantes. Alguno revisa su billetera, pero Julia ya está en otra cosa, en pleno diálogo con el mozo del bar *Tridente*, los pies en la vereda. Se despiden con un beso y más palabras. En un kiosco de Talcahuano canjea los chicles por caramelos.

Para distinguirlos de sus competidores de la cuadra, el garage tiene nombre propio. Apoyado contra la pared, debajo del cartel luminoso, Matías barre con un pie los restos de un festejo temprano –¿un plato? ¿una taza?– y revuelve su bandera sin convicción. Hay que zarandearlo pero es lindo lindo, piensa Julia, y casi tropieza con una baldosa pero no se detiene.

Camina al portón y ve a Matías viéndola caminar. En tres pasos ya está con la bandera en la mano.

Se mueve con gracia, a pesar de todo. Lejos de sus congéneres, el rezagado se deleita en la auscultación del entorno. Tras la estampida en aquella encrucijada adversa, ha virado en dirección contraria a la masa, menos por rechazo a sus involuntarios agresores que por un capricho de la motricidad. Es un lugar extraño el que recorre y eso no parece amedrentarlo. En soledad son posibles las más variadas piruetas. Vean cómo se despereza, cómo corre, cómo va y viene, dando rodeos en este árido paraje. Se ha detenido, una vez más, y una vez más emprende la marcha. Dejémoslo vagar, alimentar su distracción a gusto; habrá de ser, aunque él no lo sepa, su último paseo.

Cruza las piernas sobre el escritorio de la garita. Llegó pero sigue anunciando su llegada en voz alta, y Teo clama que modere los decibeles del anuncio; está a su lado y, sin distancia, para qué tanto griterío.

Julia responde con las manos en su bolso, revolviendo el contenido como si buscara un objeto diminuto, esquivo. No es el caso, pero Teo no lo sabe. Tanto ir y venir de manos le genera expectativa, y hace del

mango de la bandera un trompo que da vueltas y vueltas sobre el piso de cemento de la garita.

Si espera un conejo, se va a ver defraudado. Julia saca una prenda del bolso y lo mira atenta para descubrir su sorpresa. Le dice que es un regalo pero Teo ya lo intuía y eso es lo que lo sorprende. Un regalo gratuito, exento de fechas, porque sí. Cómo se le habrá ocurrido, piensa, y sin soltar la bandera para dilatar el momento de recepción del presente, entiende que la pregunta es irrelevante. Vuelve a preguntarse: ¿para mí? Es para él, razona; debería dar muestras de agradecimiento y deleite, de amor. Debería reaccionar en tiempo y forma y es evidente que no lo hace por la carcajada de Julia que decidió aumentar su desconcierto y ostentar en trescientos sesenta grados la prenda que gira y gira, montada ahora sobre la bandera y el accionar encantado de las manos de Teo.

Dice gracias, Teo, y Julia detiene la rotación del trompo y de la risa que le dobla el cuerpo, la toma de rehén y se estanca en convulsiones regulares y no le gusta. Que se la pruebe, a ver cómo le queda. ¿Hay que probársela?, dice Teo y no deja de equivocar las preguntas. Primero un brazo y después el otro; está vestido. Julia toma distancia y admira el resultado. Teo no tiene dónde verse en la garita. Espera el dictamen de Julia sin decir palabra, hartado ya de complicarse la existencia; le basta y sobra con la incomodidad que le provoca el regalo. Pero Julia también calla. No puede decidirse. Va hasta la puerta y, a los gritos, pide ayuda.

Matías tarda en llegar, pero cuando llega comprende en el acto que se le demanda una intercesión perentoria, un voto de aprobación o un gesto de descarte. Se para al lado de Julia, en el centro de la garita, y mira a su hermano que lo mira con desesperación. Tendrá que esperar. Inspecciona la prenda de arriba abajo, y

la seriedad con que realiza la tarea evita la furia de la pareja cuando le pide a Teo que se de una vueltita y desfile ante sus ojos el renovado porte que le confiere la indumentaria.

Teo da la vueltita y de eso no puede sacarse ninguna conclusión. ¿Una camisa cruzada con un saco que recuerda una campera? ¿Y el relojito digital cosido sobre el dorso del cuello? ¿Qué son esos animalitos estampados en los parches de algodón? ¿Fósiles de anfibios? ¿Psicopompos? ¿Criaturas heráldicas? Difícil elección, si cabe alguna.

Matías no se pregunta qué es, ni Julia debe saberlo. Será una prenda comodín si Teo se anima a adoptarla, si la variedad de telas emparchadas en ese objeto único multiplica sus usos por efecto de la acumulación, o un trazo inútil si la exuberancia de materiales anula toda funcionalidad y Teo la cuelga de una percha a la espera de polillas.

Con dos palabras termina el examen. Se pronuncia sin titubeos: es hermosa. De eso no caben dudas. Los recorridos del pespunte le recuerdan su episodio canino. Va a contarlo; se trata de un perro y un pantalón y lo que pasa cuando se encuentran: un incidente callejero. El relato es minucioso en detalles, apreciaciones y conjeturas. Se trata de un labrador, de un jean -el suyo- y de los devaneos que suscitan en él una mordida imprevista y una salvación predecible. No se olvida del sillón. Tampoco de la hora ni de la participación discreta del veterinario.

Lo escuchan a medias. Si esperan una fábula, se van a ver defraudados. Querrían sumarse a la actitud de Matías y acompañar sin reparos el brío del relato que envuelve la prenda con un halo de necesidad. Pero la indecisión de Teo no se disipa ante los comentarios

de su hermano y Julia tiene hambre. Habría que cenar. En eso están todos de acuerdo.

Matías los escolta hasta la vereda y los ve partir. Se van caminando por Rivadavia; deliberan sobre el menú de su preferencia. Los viernes hay pizza para Matías. La guardia nocturna tiene una carta reducida. Mientras cierra el portón del garage especula sobre la inconveniencia del ajo y el carácter coyuntural de la fainá.

Una luz que encandila, brillante y agónica, una luz. Fulgores dilapidados en la intimidad para sorpresa de un solo y fortuito espectador. Olvidado de sí, como es su costumbre, éste se aboca a la contemplación de tan singulares destellos, y mirando de frente, casi por error, se adentra en viva conversación con la esfera.

Con la última porción se presenta la duda. No recuerda si fue él quien lo pidió o se lo pusieron de prepo, si olvidó solicitar su ausencia o no supo expresarse bien. Quizás le dieron la pizza de otro. Suele pasar. Las opciones son muchas pero igual come con gusto y el aliento a ajo que corona la sobremesa no logra atenuarse con las bocanadas del segundo cigarrillo ni con los fondos tibios de la cerveza. Tendría que hacerle caso al Rulo e ir al kiosco. Pero aunque el Rulo sabe de estas cosas –y lo expuso bien claro a la tarde–, Matías va a dejar que el ajo se consuma solo y lo acompañe en el frío de la noche. Si sigue refrescando buscará abrigo en el tapizado más mullido que tenga a mano. Hoy puede elegir. Son muchos los que decidieron dormir a su cuidado. Los bellos durmientes: no se los imagina en movimiento ni hará nada para sacarlos de su ensueño.

Suma la segunda colilla a la primera y ambas a los carozos de aceituna dentro del círculo de aceite chanflón en la caja de la pizza. Tiene dificultades para doblar la caja. Si la aplasta el contorno se ensancha y ya no entra en el tacho. Si la enrolla el rollo se deshace apenas lo suelta, y la caja vuelve a su posición original. Más berreta es el cartón, más ardua es la tarea. Mañana se lo dirá a su hermano: tienen que comprar un tacho más grande. Teo y Julia no deben haber sufrido estos inconvenientes. Espera que hayan comido en platos. Eso si no se pelearon por la irrupción de la prenda y Teo terminó comiendo solo en algún bodegón de la avenida.

Sale de la garita. Es noche cerrada y las luces discontinuas del cartel de calle iluminan a medias el rectángulo que Matías custodia. A esas horas el cartel anuncia con desidia la presencia del garage. Primero se enciende el marco, después la E mayúscula en su interior, y acto seguido, pero con una pausa exagerada, se agrega una flecha roja y todo el conjunto titila tres veces y se apaga. Matías sigue la indicación de la flecha. Abandona el cono de sombra que se proyecta sobre el portón y camina hacia el fondo del local.

Se siente bien. Todos los comandos están a mano. Gira plácido en su propia órbita, dejándose arropar por la inercia de un movimiento perpetuo. Ha digerido la colación sin problema alguno. La digestión es un proceso lento pero entretenido, pródigo en ruidos y contracciones. Pasó unas horas exquisitas adormilado por el ronroneo de su estómago, indiferente a los avatares del espacio exterior. Cada día una sorpresa, una nueva entonación que devela la existencia de órganos

desconocidos, conductos que retuercen los alimentos y amplifican el traqueteo de su transporte para contarle las peripecias de su itinerario. Se sabe chismoso y lo apena que el silencio dé por finalizados esos relatos.

Espera la próxima comida con impaciencia pero también con temor. Ha notado que sus brazos se estiran más y más con el correr de las comidas. Es un hecho de gravedad. Comer es bueno, o debería serlo, pero le preocupa este crecimiento constante de su ser. Dentro de poco le será complicado moverse en el recinto.

-No son para masticar.

-¿Qué?

-Que no son para masticar. Dejá que se consuman solas.

-¿Qué decís?

-Dice que dejes que se consuman solas. Que no son...

-Lo escuché, Suzuki. No repitas.

-Hay que degustarlas. ¿Conocés el verbo, Zeta?

-¿Sos boludo?

-Se apoya entre la punta de la lengua y el paladar. Se espera. Un instante, y el resto es saliva.

-A mí me gusta masticarlas.

-Hincarle el diente es de salvajes, Zeta. ¿Qué apuro tenés? El disfrute lleva tiempo.

-Yo disfruto así.

-No.

-¿Cómo no? Sí. ¿O me vas a decir vos cómo tengo que disfrutar? Me zampo un par y le doy con los caninos.

-¿Un par? ¿No sabés leer?

-¿Qué?

-Te estás repitiendo vos ahora.

-Sos boludo.

-Calma, Zeta, calma todos. Escuchame bien. Empecemos desde el principio.

-Es una opción.

-Sí, en efecto. Para ilustrarte nomás. ¿Empezamos?

-Dale.

-El paralelepípedo es transparente. Ergo, vemos su contenido. Si lo agitamos, vemos la agitación en su interior. Si lo dejamos reposar, también el reposo es evidente. ¿Vamos bien?

-Te sigo de cerca. Adelante.

-La caja, llamémosla con propiedad, tiene una abertura. Colocada verticalmente, en posición erecta, de torrecita, tiene una abertura en su parte superior. ¿Es así?

-Así es.

-Sigamos. La caja no está hecha de una sola pieza, sino de dos. La caja en sí son dos piezas: el paralelepípedo transparente, abierto arriba, y la pieza blanca empotrada en su interior. Esta última tiene una pequeña puerta, una escotilla que, según su posición, nos permite decir que la caja está abierta o cerrada.

-Eso parece.

-A su vez, sobre la pieza blanca y parte del bloque transparente hay un precinto adhesivo. Por ende, la abertura de la caja -doble abertura si contamos la puertita de la pieza blanca- tiene un doble cierre.

-Está bien dicho.

-Dos cierres: uno para cubrir a otro; uno descartable, y otro, mecánico, que volveremos a usar hasta agotar el contenido.

-Y quizás después.

-Y quizás después. Según.

-Yo las tiro. ¿Para qué guardar?

-Es una opción. Ahora volvamos al inicio.

- ¿Otra vez?
- Uno nuevo. Estamos ante la caja y quitamos la lámina protectora.
- La quitamos.
- Hecho. ¿Con qué nos topamos entonces?
- Con el cosito blanco. El que se mueve.
- Al cosito, como le decís, vamos a darle su nombre técnico: lengüeta.
- Lengüeta es.
- Presionamos con el pulgar y la desprendemos del resto. Queda un hueco, al fin: la abertura. A través de ella, gracias a la lengüeta, salen las preciadas pastillas.
- Y diente por diente.
- No, no.
- Sí, sí. Con los dientes.
- Vos con los postizos, Zeta.
- No, no.
- ¿Por qué no?
- Eso. ¿Por qué no darle de una en el medio a la pastilla?
- ¿No se puede masticar y saborear al mismo tiempo?
- ¿Qué nos impide vaciar la cajita de un saque?
- De a uno, por caridad.
- Buenas, ¿qué se cuenta?
- ¡Silencio!
- Qué raro.
- Que diga por qué no.
- ¿De qué hablan?
- ¡Atención! He aquí la causa: la abertura sólo admite la salida de una pastilla a la vez, y sólo una.
- Mentira. Caen más en la mano.
- Hacé la prueba y contame.
- Tiene razón, Rulo. Salen en fila india.
- Recién llegás, vos. Sacá turno.
- Son ordenadas, las malditas.

-Como salen de a una, de a una hay que comerlas.
Ya lo dice su nombre.

-El nombre no dice nada.

-Hasta acá íbamos bien. No la embarres. ¿Qué es eso del nombre?

-Díganme, ¿cómo se llaman las pastillas?

-Tic-Tac.

-Correcto.

-¿Y entonces?

-Las pastillas no son tales, en plural, sino un conjunto de singularidades. La primera en salir -tic- es un segundo; la siguiente -tac-, otro segundo. Nadie puede consumir dos segundos en uno. La sucesión es arbitraria pero obligatoria.

-Entonces da igual embucharse una cualquiera.

-Da igual, pero no son la misma. En rigor habría que decir que cada una es un tiempo propio, un momento per sé, y la cajita un reloj de bolsillo.

-O un reloj comunardo. El truco está en la muñeca.

-No hay truco. El tiempo en la caja es infinito pero limitado: sólo hay 32 pastillas. La duración depende del ph de cada lengua y de la intensidad de la succión. En suma, siempre hay que volver a empezar. De cero casi, y en tierras de Oriente. El tiempo, lo sabe cualquiera, es un invento chino. Como el ping-pong o el ying-yang. Lo que pasa por las bocas es un grano de arroz...

-Un arroz de menta.

-Un soplo de incienso.

-Un diente de leche.

-Una perla de sabor.

-Una piedra de chupar.

-¿Eh?

-Una luna de enfrente.

-Te fuiste al carajo.

-Así cualquiera.

-Paren con la poesía. Miren que a éstas las hacen los tanos, no los chinos.

-Sí, los Ferrero.

-Acá dice “producto ecuatoriano”.

-Exacto. El meridiano: de eso se trata. Además, no se olviden de Marco Polo. Pirata *avant la lettre*.

-¿Pirata?

-Sin parche pero muy vivo. Un diplomático de primera. La vio clara; entendió que todo iba a ser *made in China* antes que nadie.

-El tano era un versero.

-Con los chinos no se jode, Zeta. Es gente seria.

-Y gracias al Marco tenemos los fideos, la salsa de soja, los palitos.

-Y las pastillas. Qué buenas que están. Te dejan un aliento...

-Y yo que pensé que eran caras.

-Si la vas de roedor te estás estafando. La gracia del asunto, señoras, es que no engordan. Por más que le den a la lengua largo y tendido sólo van a ingerir medio gramo y dos calorías.

-Linda dieta, bien fresquita.

-¿La disfrutaron?

-Muy rico todo, Rulo.

-Yo sigo en la mía. Prefiero morderlas.

- *Carpe diem*, Zeta.

Ha digerido la colación sin problema alguno pero no puede conciliar el sueño. Una sobredosis de glucosa le electriza el cuerpo y, aunque preferiría no agitarse, tiene unas ganas locas de estirar las piernas y echarse a correr.

Se contiene sin éxito. La excitación no se aplaca, sólo cambia de objetivo. Arquea el cuerpo hasta el límite, se ovala como un ovni y comienza a girar cada vez con mayor velocidad en busca de la mejor vuelta. Se da unos golpes bárbaros.

El recinto es demasiado estrecho. Tiene que ensancharlo, darle espacio a la demanda del azúcar y sus derivados. ¡Basta de contorsionismo! Se olvida de las vueltas y concentra su inquietud en los golpes. Pies y manos machacan las paredes con decisión. Al principio el efecto es nulo, pero no concibe la derrota y renueva el pataleo, si no con más fuerzas al menos con más bronca para repartir ante la resistencia inesperada del medio ambiente. Poco después la obcecación hunde un pie en las paredes. La deformación del perímetro debe percibirse con facilidad desde el exterior del recinto. Él la reconoce por otras vías: advierte que una membrana gomosa enguanta sus cinco dedos. Están más juntos de lo necesario, pero aunque reúne sus fuerzas en los músculos y tendones del pie no puede separarlos y entonces, por qué no, mejor pensarlo hasta que el guante se convierta en bota.

Del otro lado de la pared no acuerdan con sus caprichos. El pie es rechazado con tanta violencia que es encono, y duele. Pero más le duele ver su guante dado vuelta, una montañita que se agita ante sus ojos, desafiándolo con esa malignidad espástica de quien no necesita ajustar los movimientos para dar a conocer su amor propio. Se siente incómodo; no le gusta pensar por otros, y mucho menos comprender que esos dedos –qué otra cosa podrían ser– incluyen efectivamente la presencia de un semejante. Algo que se le parece. Prefiere no ahondar en detalles. La imagen que se forma es borrosa pero persistente, y persiste a pesar del

parpadeo iluso que pretende sacarse de encima esa intrusión indeseada.

No puede dejar de mirar con una quietud suicida el pliegue burlón que sigue moviéndose y se expande. ¿Se está agrandando? Sí, y lo empuja hacia atrás y reduce su espacio. Se impone una resolución de urgencia: expulsar la montañita a como dé lugar, y con ella la imagen pérfida que lo atormenta.

Se reclina sobre el otro extremo del recinto, empuja la rodilla hasta el mentón y lanza en picada su pie hacia el intruso. La montañita se repliega un instante para volver a aparecer; la contusión no logró intimidarla, no abandona su puesto. Encastra el pie en la cima de esa funda enemiga y estruja su contenido o lo intenta. La pulseada tiene un ganador incierto. Un lado y otro consiguen ventajas parciales que entusiasman a las partes y redoblan el ímpetu del todo. Se dan duro hasta que un temblor decreta el fin de la puja.

¿Cómo pueden resquebrajarse las paredes? Nadie responde la pregunta pero el hecho sigue ahí, en las paredes y sus inconcebibles fisuras. Intuye que no habrá más colaciones para degustar en soledad.

Un rugido descomunal lo deja patitieso.

Un fantoche lo invita a desayunar con medialunas y se va. Los ojos se entornan pero el cuerpo da un salto y lo obliga a mirar por el parabrisas del auto hacia la entrada del garage. Es Teo vestido por Julia. Lo saluda con un grito para que se dé una vueltita y su hermano accede al pedido y agrega, por su cuenta, una sonrisa legañosa y la erección del dedo mayor de su mano izquierda. En la otra sostiene el paquete de la panadería; al menos una docena.

Deja el Taunus con la ventana semiabierto para que se ventile y borre el rastro nocturno del ajo. Los dueños son quisquillosos con sus pertenencias. Sólo aceptan los olores que ellos mismos exudan y no hay balde que valga. Deberían regalar esos pinitos perfumados que se usan en los lavaderos.

El café lo espera en la garita. Se sienta frente a Teo, y en silencio los dos dedican largos minutos a escrutar cada medialuna antes de confirmar la elección que habrán de engullir sin tanta demora. Con sorbitos de café empujan las migajas que se atascaron entre los dientes y vuelven a concentrarse en el paquete sobre el escritorio. Eran diez (no una docena) y ahora sólo quedan dos, las que tienen menos pinta y descartaron por unanimidad. Están un poco quemadas, es cierto. Los hermanos se miran pero no se dicen nada. Ahí quedan las facturas, sin que ninguno las ceda o las reclame. Quizás no tienen hambre.

Un bocinazo apura la segunda taza de café; empieza la jornada, bien temprano. Los sábados todo se adelanta medio día. A la una Matías va a estar departiendo con los amigos pero todavía falta, y ya llegan los comerciantes de la zona o los que buscan sus autos y salen de paseo. No son las nueve que la columna del haber dobla con creces la del debe y los hermanos Marcantonio empiezan a respirar con alguna dificultad, relevándose al volante o en la caja, en estado de trance productivo y sin hacerse señas, conocedores del oficio. Llegan autos y más autos, en caravana. El dúo triplica sus movimientos y economiza oxígeno; apenas responde a la andanada de comentarios de los dueños, entusiasmados en partes iguales por la celeridad del servicio y por la vestimenta extravagante de Teo que, a decir verdad, dicen ellos, debe ser bastante cómoda a pesar de su volumen, y con este frío y la competencia del rubro hay

que rebuscárselas y hacerse publicidad como sea, y el tipo, se nota, la lleva con soltura aunque como idea sea medio rara y por qué no hacerse unos mamelucos con el nombre bordado que seguro sale más barato y nadie te cree loco por calzarte un mamarracho y llamar la atención de los clientes con semejante campera, ¿tapado?, en fin, lo que sea, pero igual laburan bien, los hermanos.

El resultado de tanta actividad es lógico pero inusitado. Alrededor de las once el garage se llena. Un Fiat Uno se posiciona en primera fila y es el tapón que ocupa el último hueco libre y cierra el rectángulo: cuarenta y tres autos y más no caben. Teo y Matías entran en la garita y salen con un caballete y una pizarra. Llevan la carga hasta la calle. En la bajada del cordón ponen el cartel. Completo. Antes de que llegue un cliente a retirar su vehículo y los obligue a realizar mil maniobras engorrosas, aprovechan la pausa y van en busca de las medialunas.

No hay salida posible. La presión los arrastra inconsultos, corriente abajo. Aunque las circunstancias no favorecen la introspección, los invade el recuerdo inoportuno de haber atravesado, quién sabe cuándo, esa misma realidad. Apenas logran aferrarse con uñas y dientes a las paredes de sus respectivos recintos. La lucha es vana, pero no ceden; no cederán en vano.

La eficacia de sus excrescencias resulta admirable e inversamente proporcional a la ambición que los mueve. Sus impulsos desesperados contribuyen al desmoronamiento de las paredes y a la humectación de sus manos. Son puro instinto, pura sangre. Entre las uñas y la piel se incrusta la materia inerte de su anterior refugio.

Al desgarrarse sus compartimentos, quedan cara a cara. El horror enseña sus consecuencias en los rasgos ajenos. Los deshace; ya no son rasgos, son una masa vibrante, un manojo de nervios y mucosa supeditado a una fuerza ignota. La tensión desboca los límites de sus anatomías: huesos y músculos sólo quieren salirse de sí, correr y fundirse con los líquidos que se escurren –¡es la física!– cuesta abajo. El horror, sin embargo, es cuestión de segundos. Una instantánea desproporción que arrebató los cuerpos y los deja en suspenso; un paréntesis sombrío antes de continuar.

La sorpresa y el desconcierto dejan lugar a un embate coordinado. Como un acto reflejo, mientras caen al vacío, estiran los brazos hacia el otro. Hacia la cara del otro. El primer contacto, simultáneo en ambas caras, es tan desagradable como furioso. Cuatro manos en cuatro ojos combatiendo al invasor. No cederán, los dedos escarban las cuencas del otro con fruición; ya están gozando del sentido de la vista. Primera experiencia de guerra: la pelea cuerpo a cuerpo es pringosa, y no hay aquí otra modalidad posible.

Caen. Se sienten caer, pero cada cual lo siente por sí mismo y lo ve en el otro, o eso cree. Están desorbitados, confundidos. Deben repensar sus prioridades y establecer, quién lo hubiera dicho, una alianza vital con el ser que tienen enfrente. La tregua se pacta en silencio, con los ojos inflamados. La estrategia es sencilla: con sus cuerpos deben crear un obstáculo en el embudo y resistir los asaltos periódicos del más allá. Se toman de las manos y ese gesto inverosímil les infunde valor y desconfianza. Están a merced del enemigo.

Recrudescen los embates pero la sociedad persiste. El espanto estrecha vínculos sin pedir permiso y anestesia el dolor de los miembros: las uñas del camarada ya son estrías de la propia piel. Y cuando empiezan a

acostumbrarse a sus nuevas naturalezas, casi cómodos en esa insólita hibridez, de repente funciona y están atrancados, comprimidos entre dos murallas curvas que laten y laten hasta que dejan de latir. Como corolario, están de vuelta cara a cara. Sonríen. La victoria a medias da consuelo y consistencia. Es un premio al esfuerzo compartido. Son ellos, otra vez; una vez más se saben uno, y perciben siluetas y volúmenes que reconocen como propios.

Es una pena interrumpir tanto embeleso pero ya no hay tiempo para mimos y retratos. ¿Escuchan? Sobre sus cabezas se anuncia el retorno de sus temores; el entorno retumba, y su lenguaje críptico sólo comunica desgracias al par en cuestión. El rugido los devuelve al escándalo y al pataleo; llama la atención de los diafragmas, obsecuentes con el mandato exterior.

Al fin, uno cede o se precipita, y el otro, obligado, copia su trayectoria. Abomba el cuerpo y se lanza contra el adelantado. Lo detesta; odia que haya traicionado el acuerdo, que lo haya abandonado. Lo detesta y el odio es un buen motor: sus pies presionan los hombros del desertor, le liman un codo, percuden su ingle. Hay que aplastarlo, dejarlo chiquito, que desaparezca. Última experiencia de guerra: las treguas, treguas son.

Y a lo lejos, pero no tanto, cada vez menos, hay luz. Apenas una grieta, en tenue ensanche, ambarina, mefítica, chillona. Como quien clama tierra, como quien sabe que, a lo lejos (pero no tanto), hay una meta y algo termina. Las aguas bajan a raudales, y ellos bajan con ellas, sin reticencias, entregados al devenir de ese oleaje despiadado. Los quejidos suenan familiares. Debe haber más de nosotros al final del camino. Habrá que resignarse. Ahí vamos.

Ahí van y un coro disonante saluda su primera aparición pública: dos pies idénticos -¿derechos?,

¿izquierdos?– se asoman al nuevo mundo y se retraen al instante. Los gritos y los llantos los emparentan a todos.

La dos, la tres y la once están vacías, y salvo por el número que las identifica, a efectos contables, nada las distingue del resto de las cabinas del locutorio. No hay nadie a estas horas. Sin gente a la que mirar de reojo y devolverle monedas a cambio de billetes, son horas largas las del sábado, pero finitas: habrán de adelgazar y transformarse al mediodía en fin de semana. Y el fin de semana siempre van a algún lado, aunque sea al cine o a cenar afuera. Podría repetir el menú de anoche, pero no lo ve a Teo en el chino peleándose otra vez con los palitos hasta hartarse y pedir un tenedor y que le calienten esos fideos de nombre raro. Es cuestión de práctica y porfía. Ella ostentó su etiqueta oriental y para el postre que no pidieron se hizo un rodete alto que trenzó con los palitos inmaculados de otra mesa. Teo adora las versiones de Julia que desconoce y Julia se multiplica y de paso le da el gusto.

Entra una señora con mucha chalina y un señor de boina y gabán. Le pregunta a la mujer su signo zodiacal y la invita a dirigirse a la cabina que le tocó en suerte. La señora está encantada. El señor espera su gracia pero obtiene otra: puede elegir la cabina que quiera, la que más le guste. Otea el local con espanto y repasa los cubículos sin decidirse por ninguno. Al final, boina en mano, se mete en la cabina que tiene más cerca. Se merece un descuento, el buen señor.

Cuando el monitor parpadea Julia abandona un auricular, se calza el otro, y abre su bolso. A ver qué hace con la tira de cuero. Monedita más, monedita menos, algo hay que hacer con la tira. También con la música;

tanto tambor la está matando. Busca discos en el bolso. Con las nuevas cadencias llega gente y desfila por número a la orden de Julia que se entusiasma con las entradas y salidas. Pasa el mozo de *Tridente* y charlan de lo lindo. Le trajo un cafecito porque hace frío y es sábado. La conversación se interrumpe a cada momento por el pago de servicios y las consultas de ocasión de los que se pierden en el centro. Las interrupciones no los fastidian; al contrario, suman temas e interlocutores al diálogo, y si la suspensión es breve reanudan la charla con un comentario malicioso sobre el incauto de turno. Llega otro cliente amigo: el veterinario de Rivadavia. Hoy está de franco y aprovecha para pasear con su perro sin alterar su habitual recorrido. El animal es una craza singular, un perro sin raza de patas cortas, muy peludo y joven. Durante la estadía ante el mostrador y sus inmediateces no deja de husmear a Julia o al mozo y su dueño lo deja hacer. Se ve que le tiene cariño. El veterinario saluda y, para su sorpresa, se lleva de regalo una tira de cuero negro como correa para su cachorro.

Al mediodía Julia apaga su discman y restituye las pilas a los relojes de pared. Sólo le falta contar la plata y apagar las luces para cerrar, hasta el lunes, el locutorio.

-Es hora de dejar la infancia, Rulo.

-Ahí está, encadenada al árbol.

-Dejala ahí, entonces. Arrorró hasta mañana, y cuando volvés sólo queda el candado. Un recuerdo, chau bici, y a otra cosa.

-Un souvenir del diario íntimo. Podés colgarte la llave en una cadenita de oro, nena.

-No me lo confundan al nene. Que crezca sanito.

-Le faltan unos centímetros todavía. Tiene que pegar el estirón.

-No, éste no crece más, es retacón.

-Cuando seas grande te compramos la moto. Una con cambios.

-Gracias, abuelo. Me quedo con la bici. Usted ahorre, guarde la platita para los remedios.

-Quizá prefiere un auto. Que elija ahora, ya tiene barba el mocito.

-Estabilidad y confort para un andar seguro.

-El mundo a sus pies.

-Tablero electrónico e interiores de cuero repujado.

-¿Qué decís?

-No empecemos, Suzuki.

-Como mínimo el *Mach 5*. Si no le da el bolsillo, tata, regáleme unas rueditas para la bici.

-¿No querés también el monito?

-Che, el monito era simpático. Usaba sombrero, ¿no?

-Como mascota, mejor un perro.

-Demandante, el pibe. Que se haga de abajo. Marche un Fitito para Rulo, y nada de caprichos.

-¿Vieron uno últimamente? No existen más los Fititos.

-A esos hay que empujarlos. No seamos amarretes.

-Era un sombrero como de árabe, ¿no?

-Ése era Moroco Topo.

-Una vaquita, diez per cápita y compramos algo decente. Se lo merece, es estudioso.

-Yo pongo por Zeta que está seco.

-Se gastó el sueldo en pastillitas.

-¡Empirista!

-Van diez más.

-¿Cuánto hay?

-Nos alcanza para un Taunus, o para el batimóvil sin los alerones. ¿Te parece bien, Rulo?

-¿Calculaste la inflación? ¿Los impuestos? ¿La patente?

-Pará que me concentro.

-¿Y?

-Dénle tiempo. Es una cuenta con decimales.

-Listo.

-¿Y?

-Exactamente no alcanza. Hay que sacarle los accesorios.

-¿Les presto plata? Van a terminar comprándome un triciclo.

-Pasen al gasoil, es más barato.

-Más barata es la tracción a sangre.

-Eso, que sude. Mal no le va a venir. Además ya está acostumbrado. ¿Pasamos a la patineta?

-Lo encontré. El modelo justo, a medida de nuestro bolsillo y de los tiempos que corren.

-¿Qué tiempos?

-¡Suzuki!

-Es un modo de decir. Como éste: en nombre de los aquí presentes le hago entrega, al Rulo, del auto de sus sueños: ¡el Rocomóvil!

-Aplausos.

-Asusta suegras, silbatos, serpentinas.

-¿Carnaval carioca?

-Es un exceso, ¿no?

-¿Qué pasa, chiquitín? ¿No te gusta? Tampoco sos Pedro Bello vos.

-Me quedé pensando. Voy a necesitar cuatro patas. ¿Algún voluntario?

-Se busca copiloto. Buena disposición, cuadriceps de acero, ad honorem.

-¡Ofertón!

-¿Nadie se prende?

-Yo soy partidario de la combustión interna.

- ¿Sos bonzo?
 - ¿Qué?
 - Buscá entre los hippies, Rulo. O los naturistas.
 - ¿Los arbolitos chinos?
 - Con vos no hay caso, Zeta.
 - Cortála, Suzuki.
 - Alguno de Greenpeace. Los verdes son la vanguardia en estas cosas.
 - Les agradezco. Prefiero pedalear solo.
 - Cómo son los mocosos. Así reciben los regalos.
 - Que te de una mano Mati.
 - ¡Ey, Mati!
 - ¡Ey, Zeta!
 - ¿Qué te pasa?
 - Estoy al lado tuyo, no grites.
 - Sos el indicado, Mati.
 - ¿Les parece?
 - Ya estás entrenado.
 - Si Rulo asiente, asienten todos.
 - Es cierto, tenés dotes naturales para el puesto.
- Te pasás el día en el sillón. Ahora tenés que mover las rótulas.
- ¿Cómo?
 - Así. Como al borde de una pileta.
 - ¡Se ha formado una pareja!
 - Agarrá la bandera, Zeta.
 - En sus marcas...
 - Los vamos a extrañar.
 - No se pierdan.
 - ¿Listos?
 - Manden fruta.
 - Manden guita.
 - Y no dejen de escribir.
 - ¡Largaron!

Sin título (de amor)

Pinceladas de ámbar, resquebrajadas, tiñen de morosa tristeza la superficie del dedo gordo, gordísimo, de su pie, el izquierdo. La uña está recortada sin delicadeza pero con esmero; pretende ser redondita, bien redondita y no lo es. Imperfecta y adorable: vaya conjunción. Su pie, en cambio, no admite vacilaciones. Rosado, rozagante y rotundo, desemboca con armonía áurea en el amoroso dedo, todo capricho y veleidad adolescente. Enfundado con negligencia por las tiritas de una sandalia plástica, el tobillo, engendrado por el pie (engendrado por el dedo gordo), se aferra a su pierna, la izquierda. Una tela azulina oculta las ondulaciones de sus extremidades. A caballo de sus pantalones, el abdomen se bambolea, ahora orondo, ahora huero, al ritmo muñeco de la respiración. De cara al vientre dos elipses juegan a torcerse una contra la otra hasta confundirse y desaparecer. Una sombra transparente el paso de las tersas parábolas. Si observan –observen–, las huellas de sus recorridos están impresas en los pelos diminutos alrededor del ombligo. Desearía congraciarme con su belleza, esbozar una reverencia con mi sombrero, la pana acariciando mi zona lumbar. Se ve que no puedo. Mi penacho apremia el éter a mis espaldas y el mentón se eleva; su vista me recompensa. Los pliegues de su piel y los de la amplia camiseta se superponen como

si los hubieran dibujado sobre un vidrio. No es ilógico creer que pudo ser así. Si así fue, el artista tenía una debilidad desproporcionada por los pechos femeninos. La estolidez de uno contrasta con la ligereza del más pequeño, el derecho. ¡Cuánta gracia hay en ella y cuán lejos estamos todavía! Pero vean –¿ven?–, una línea imaginaria se desprende de la curvatura de sus pechos para trazar la circunferencia del cuello. Todas las combinaciones del blanco y del rojo entretejen el puente hacia su rostro. El lánguido oval encierra mis pretensiones. Su presencia me altera y la agradezco. Un risueño fulgor sorteja el filo de los dientes y envuelve, húmedo, los labios entreabiertos. Si estiro la mano, mis palabras se tornan, en sólo un instante, una miríada de sensaciones equívocas: la deseo. Pero no puedo deshacerme de mis vendas y ahí, acercándome, están sus ojos.

Desde hace unos cuantos minutos, dos o tres o aun más, me traspa con su curiosidad diletante. Enormes, como doblones con la efigie de mi rostro –así decíamos entonces–, sus ojos glaucos me miran perplejos y dejan ondular, en los límites del iris, los impactos provocados por la visión de mis vecinos. Bajo sus cejas, el beso quebrado de Psyche y Eros; una mujer estirada y de cabellos rojizos enfrenta con anémica reserva, quién sabe por qué, el duelo de un hombre con su propia cara, retorciéndose, encrespada, bajo el influjo de algún sátiro de Baco. Con una mueca exhibe su indignación ante la sonrisa lábil y un poco desabrida que otra mujer, de rala femineidad, ofrece al mingitorio en el centro de la sala. Dos bellas aborígenes se pelean por un par de zapatos viejos y ella, enredada la cabeza en busca de una certeza salomónica, no sabe a quién alentar. En una escena real avista un espejo, mínimo, que irradia la colorida

mutilación de un hombre impar. Si acompañan la marcha de sus sandalias, verán que en la celda del monstruo el viento acciona una constante polución de máculas lavanda sobre las cortinas, y entre el aire y el soplido ella suspira, tentada como está de acostarse sobre la cama muelle y recorrer sus confines con los veinte dedos hasta el fin del mundo. Pero se contiene, por temor o desidia. Y al verme recuerda a la anciana que frota el piso de su casa con una caja de brillos. Quizá mi penacho aparente una escoba o un rastrillo oxidado. Hacia el fondo del iris se distinguen los largos pasillos de la morada, y en uno de los recodos, el guardia leyendo un diario, despreocupado y ausente. Cada tanto uno de los jugadores canta flor y él mira el tanteo de porotos: ansía la hora de la cena, la presurosa salida por la puerta de servicio.

Ella se arrima, el cuerpo rota, los miembros nivelan sus diferencias –qué lástima, qué desilusión– y enfrenta mi figura: siento el desafío de sus pestañas. Mis ojos siempre desenvueltos penden al vaivén de las hebras que usa de visera; parpadea y me aquieto y me inquieto, a la espera. Tiende uno de sus brazos hacia mí y vibro, anticipándome a las cosquillas que los canalillos de sus yemas anuncian. ¿Ustedes qué creen? ¿Me va a tocar? A ver si encima me toca... Y de pronto ríe a carcajadas, a milímetros de mi rostro, basculando la lengua enardecida, y el frenesí se adosa a mis propias comisuras y comienzo a reír yo también, de a poco, ganando confianza con cada oclusión de sus labios. Pero alguien se aproxima, y esto no pinta nada bien porque es un hombre –¿el guardia?– y le toca el hombro, ¡la toca!, y ella, con el vientre en dos por las percusiones de la risa, el tono inopio de su hilaridad ahogando nuestro encuentro, amansa la lengua y, entre los dientes incisivos, prorrumpe el sonido de su voz.

-Tiene una pluma en la cabeza, como los indios, ¿no? ¡Qué ridículo!

-¿Qué mirás? ¿Eso? Vamos que es tarde. En la otra sala está la paloma -dice el hombre y media vuelta y se van.

El desprecio tensa mis manos. No hay dragones que entretengan la mirada a mi alrededor. Anhele el reto; desenvainar la espada para atravesar, de punta a punta, en pleno vuelo, el blanco de esa paloma, y rajarla de rojo hasta agotar sus fuerzas. Quiero coronar mi fieltro con su pico. Pero son muchas, muchísimas, lo sé: una jauría de aves impolutas que corroen el aire con sus aletazos. (En repetidas ocasiones me contaron que un tal Elmyr de Hory las pinta igualitas, mejor.) Me asfixio, la glotis se deprime y a duras penas logro respirar. Vagos contornos transitan de un lado a otro y me siento desvanecer, los ojos entrecerrándose en furioso tic-tac, confundo las voces con mis recuerdos y mis recuerdos con ensoñaciones, estoy descalzo y camino, me veo caminar, caminando a través de extensas calles, decidido a hacerla mía aunque se resista, el empedrado en los pies no detiene mi avance, y me abro paso entre la gente con los codos erguidos, la ventana está entornada, mi mano aferra al vuelo uno de sus muslos, entro sin licencia, las uñas nacaradas refulgen en los pomos del lecho, desgarró sus ropas de un tirón, me mira de reojo, los labios saturados de sangre y a punto de estallar, su codo ciego doblega las resistencias cervicales para poder ver, para poder verme, y mis manos se deslizan con urgencia, y recorro su espalda y se quiebra en dos y le clavo mi florete hasta donde duele sin dolo, y gritamos, seguimos gritando, y los tonos crudos del grito reverberan en el ambiente, cáusticos como el reguero que destila mi florete, estos rancios olores vivos, y acabo la faena y la abrazo, es mía y ya no soy yo, y al fin real

y sublime, ando con los ojos desorbitados, la media luna menguante, de un lado a otro sin detenerme, remolineando, hasta que aclara, clarea, y me invade una luz tirana, y los vagos contornos se tornan nítidos, se alejan de mí a la carrera, señalan mi gracia con sorna, y me condenan otra vez a ser yo mismo, estático, inerme, despoblado, mascullando contra la pared. Ella se fue para no volver. Volverá. Que vuelva.

En pocos minutos, dos o tres y no más, apagarán las luces de la morada. Entre estas paredes asépticas, a oscuras, mis vecinos musitarán, como ya es costumbre, un nuevo renacimiento. ¡Se hacen tantas ilusiones! Están viejos, y todos a la vez, sordos y sin aliento, cacarean engreídos y reclaman atenciones y poderes en desuso. ¡A la Bastilla!, ¡A la Bastilla!, gritan, pero hace años que habitamos en ella, en cuerpo y alma. A veces los miro en silencio; a veces me amucho al vocerío y agrego mis tonos al cuadro general. Debo ser tan viejo como ellos. Mis diatribas se alacian con los años y sucumben a la gravedad; el despojo me ha dado una apariencia imberbe. Unos pocos gozan de mi mayor estima; otros me repugnan y les repugno con idéntico fervor. Algunos ni siquiera merecen semejante condena. (De ustedes, para ser sincero, ya no sé qué pensar.) Compartimos todos la misma reclusión: meamos en el mismo blanco, por siempre blanco, blanquísimo mingitorio.

Agustina Migno: una semblanza

El piano fue su querencia temprana pero reinó en la banqueta, el atril, la modesta sordina. Pocos saben estimar como Agustina Migno el placer de estar sentado, la espalda erecta contra el vacío en sus años mozos, los hombros caídos hoy que su trayectoria ha sido tan aplaudida y las lumbares ceden a pesar de la experiencia. La precoz interrupción de su crecimiento facilitó las decisiones de su entorno. Sus brazos no cubrían la extensión del teclado y los semitonos, tan distantes, dejarían ver en el futuro una huella dolorosa en sus caderas. Migno conseguía apenas dos octavas con los tendones dilatados. La ausencia del húmero explicaba el hecho pero no el apodo despectivo que le endosaron en la infancia. Sin plumas no era razonable considerar esos apéndices como aletas. El diagnóstico que estableció una patología afín a la astenia cutánea felina no ha sido comprobado.

Migno incorporó sin angustias la malformación de sus miembros superiores. Su temperamento evitó chivos expiatorios. No culpó al Bösendorfer de su maestro –el gran Laborde– ni se dejó vencer por la melancolía. No abandonó los estudios musicales. No dio conciertos en primera persona.

Por otra parte, la agilidad de sus dedos asombró a más de uno. Entre sus conocidos el consenso es unánime. Tal habilidad en medio de la desgracia propició

una carrera de apuntadora sin igual en nuestra República. Hay quien quiso despojarla de sus logros y la tachó de advenediza. Aún hoy se le critica su condición autodidacta. Son afrentas de las nuevas generaciones, fruto del desdén que provoca una técnica refinada, ajena a las modas que algunos pedagogos modernos han ungido desde el púlpito para beneplácito de su grey. Dicen en los pasillos que el toque de esa mujer carece de una teoría coherente y veraz que avale su práctica. Son infamias, envidias, y otros pecados.

Si bien no suele citársela como pionera, Migno fue en su campo una innovadora constante. Ya en sus inicios el maestro Laborde intuyó los dones de su discípula. La anécdota que el artista de Tandil repitió en vestíbulo y cócteles de la comunidad no por conocida ha perdido su encanto, el carácter ilustrativo. A los quince años Agustina percute las teclas del instrumento a una velocidad pasmosa. No alcanza extremos ideales pero se destaca en la ejecución de algunos compases célebres. Laborde evoca unas gigas que la joven acompañaba con un zapateo rítmico aunque el *Impromptu en La bemol* de Schubert es su interpretación más recordada.

Sostiene Laborde que el sonido envolvente de aquella actuación se vio opacado por el meneo heterodoxo de los dedos. Había que verla en acción a la pequeña Agustina. Fue él su descubridor y su ayo. Fue él quien aleccionó el talento de la niña. A riesgo de perder su prestigio, también fue él quien la adoptó como ayudante en sus lecciones.

Compartieron taburete durante cuatro años. Los alumnos de Laborde agradecieron la posibilidad de concentrarse en el instrumento sin necesidad de pausar las escalas ni pensar siquiera en las notas que los esperaban del otro lado de la página. Agustina se encargaba del asunto con celeridad. De pie junto al piano

o sentada en el margen izquierdo de la banqueta, su sentido del tiempo era infalible. Algunos estudiantes avanzados optaron por los pies de Agustina y rehusaron el metrónomo. En estos casos la joven resignaba la banqueta y se paraba bien cerca del Bösendorfer. Se cree que fue este hábito el origen de su artrosis de rodilla. Laborde jura haberse percatado de las dolencias incipientes de Agustina. Respalda sus dichos el recuerdo franco de los alumnos de aquella época. Según esos testigos –gente humilde que prefiere mantener el anonimato–, el maestro solía finalizar sus clases antes de lo pautado y acudir en socorro de las frágiles rodillas de la joven. Su rostro exaltado, dicen, era signo de una consternación inobjetable.

A mediados de 1953, suspendidos los estudios con el maestro, Migno desestimó la docencia y trasladó su conocimiento al escenario. Dejó el pueblo que la vio nacer y predicó su trabajo en los salones sensibles de la provincia. Empezó su primera gira por Rauch con un éxito inesperado. Animada por los lugareños, al año siguiente recorrió Buenos Aires. Ensenada, Mar Chiquita, Patagones, Daireaux, Rivadavia y San Nicolás fueron las etapas consecutivas de un tour que contempló el progreso de sus artes. Prolongó la estadía en Daireaux para dar a luz a su primogénito. (César Migno es el nombre que figura en la partida de nacimiento.) *El Eco de Tandil*, en sus páginas de sociedad, insistió en el término “violación”. Migno calló las circunstancias del incidente, y tiempo después, figura pública de renombre, optó por hablar de un amor golondrina.

La maternidad aguzó la sensibilidad artística de Migno pero comprometió su salud con consecuencias tristemente notorias. Las dificultades materiales para sostener a su bebé y la voracidad que éste desplegó sobre su madre develaron la existencia de una afección

congénita menor. La retracción de uno de sus pezones fastidiaba a madre e hijo por igual, y Migno decidió someterse a una intervención de rutina. (Los gastos de la operación fueron costeados por el magnánimo Laborde.) Los médicos aducen que la ablación preventiva del pecho que se le realizara a principios de los años sesenta no puede adjudicarse sin más a este factor.

Superado ese contratiempo finalizó la gira en el Teatro Municipal de San Nicolás de los Arroyos. Migno atesoró siempre el cariño que recibió en esta localidad. A pesar de la bienvenida que le prodigaron partió hacia la capital en febrero de 1955. Su arribo a la ciudad fue el desenlace ineludible de su voluntad de artista. Disputas gremiales le vedaron el acceso al Colón pero supo ubicarse, con astucia y determinación, frente a los atriles de otras salas populares. Allí acompañó a grandes intérpretes de fama nacional e internacional. Sus dedos obtuvieron en seguida prestigio en el medio. El resto de la década del cincuenta la vio encumbrada en el ápice de su carrera. Los elogios a su persona se triplicaron, como sucede con todo hecho de relevancia en la capital. Se reconcilió con su sobrenombre cuando la revista *Sintonía* la entrevistó en su último pliego bajo el título "Agustina Migno: notas al vuelo". La fotografía de su rostro que acompaña el artículo suscitó algunas críticas. Una carta de lectores reclamó que el dibujante Divito actualizara el resto de su cuerpo pero el comité editorial rechazó el pedido por impertinente.

Desde que el solista húngaro György Gábor comparara su hacer imperceptible con los apagadores del instrumento, el símil encendió un debate que el boletín *Partitas* recopiló en un dossier sin desperdicio. La misma Agustina formalizó, para dicha publicación, los gestos que cada concertista utilizaba para darle indicaciones. Puede leerse allí un inventario exhaustivo de los

modos de cabecear de los músicos –diferenciado por nacionalidades– e incluso preferencias extravagantes a la hora de acomodar la banqueta durante las funciones de gala. Su forma privativa e irrepetible de dar vuelta las hojas se conoció entonces como *Técnica Migno*.

Sin embargo, no todas fueron rosas para Agustina. En 1958 un músico porteño solicitó a las autoridades del Teatro de la Avenida el reemplazo de la apuntadora. Al parecer la lordosis pronunciada de Agustina le impedía sublimar en su arte. Hubo otros que, con mayor tacto, dieron a entender que la cercanía de sus brazos anómalos les inquietaba sin remedio y distraía su atención.

Consultada por un matutino sobre la revolución electrónica en el ámbito de la música, Agustina hizo, como remarcó el cronista, un gesto desdeñoso. No puede reprochársele la oposición al uso de diapositivas en lugar de partituras. Su renuencia debe juzgarse como un simple signo de los tiempos. Fue ésta su última declaración en la prensa.

Desde marzo de 1962 el nombre de Migno desaparece de los medios gráficos y la opinión pública olvida sus virtudes. Es el principio del fin para nuestra insigne Agustina. El desinterés general repercute con severidad en su estado de salud. Sufre una depresión aguda que sólo mitiga la compañía fiel de Arnulfa Barrientos, amiga íntima y boletera del Coliseo. Un año después, siguiendo su consejo, regresa a Tandil.

El reencuentro con Laborde se da naturalmente. El maestro sigue oficiando como faro en la provincia. Con un refrigerio de delicias regionales retoman su sociedad sin especificar contrato alguno. Los alumnos pueblan el salón de Laborde para admirar la pericia de Agustina. La mirada cándida de los más pequeños es digna de mención. Su presencia anima las tardes de

ambos músicos y concede a su hijo César los compañeros de juego que su edad demanda. Migno recobra sus energías pero no vuelve a la capital. Desde 1966 los artistas conviven en armonía, sin haberse casado.

Laborde, hoy nonagenario, mantiene una estampa envidiable y asiste a Agustina en sus necesidades. El hijo no heredó su talento pero mantiene viva su memoria. Los delirios de Agustina entorpecen la tarea. Ella insiste en pervertir su legado y niega los valores que se le adjudican. El Alzheimer es cruel con la imagen que tiene de sí misma. Su colección de atriles y taburetes puede verse en la casa museo de la calle Mancini, previa cita telefónica. (Se ruega no llamar después de las dieciocho horas. El bono contribución tiene un valor de dos pesos.) A sus setenta y tres años Migno debe luchar día a día para obtener el mínimo crédito que merece. La obra social del Estado se niega a cubrir los cheques periódicos que requiere su salud precaria dada su enfermedad preexistente. César ha debido apelar a la misericordia de los conciudadanos para llevar adelante el museo y pagar así las cuentas médicas.

El aporte de Migno al desarrollo de la cultura local –y por qué no a la patria– ha sido admitido por todos menos por los entes gubernativos. La Dirección de Cultura y Patrimonio de la provincia ha prometido regularmente subsanar la indiferencia de las gestiones anteriores. Incordios administrativos han demorado, al día de la fecha, el reconocimiento oficial. César no pierde la esperanza y fantasea, a cada hora, las palabras del funcionario que coronarán el epitafio de su madre.

Insumos varios

Qui scribit, bis legit
(Proverbio, sentencia, refrán)

El traducir es una tarea ingrata pero la he adoptado a conciencia. Soy competente, esforzado, y mi voluntad ha paliado en parte las carencias de una educación defectuosa. No puedo reprocharle a mi tío los años erráticos de una adolescencia ensimismada. Por el contrario, debo agradecerle las cuotas regulares que abonó sin mora en la academia de lenguas donde adquirí los rudimentos básicos de mi labor. Esa actividad extracurricular, en horarios vespertinos que hubiera dedicado a la molicie de no ser por sus afectuosos reparos, me ha proporcionado una profesión. También la excusa para encerrarme hasta el fin de la noche en lecturas libres, francas, y descuidar así las obligaciones escolares que tanto habría de sufrir en los exámenes de marzo.

Esos veranos de estudio a destiempo fueron penalizados por el tío con trabajos forzados: diciembres y febreros de diligencias burocráticas en una ciudad repleta y vacía, cambiando cheques por efectivo y monedas por boletos, de la mano de la *Guía T*, nueva lectura diurna, agenda, depósito de papelitos y combinaciones

ocurrentes en marcas de birome. No tuve más opción que ser un cadete eficaz. Enero, según el tío, era un mes redundante. *Estudiaba en su estudio* en horario comercial y atendía llamadas desde el extranjero para escuchar, una y otra vez, la explicación de la fórmula, los chistes de la temporada y un sermón sin fecha de vencimiento. “Vos estás en Buenos Aires y, por supuesto, yo no, pero nuestros bronceados son el mismo bronceado, ¿entendés?”. Yo, que no tomaba sol, asentía displicente, y evitaba comentar que cada uno con su cara y ojalá que la mía, más agraciada, no se cuarteara en cien rictus soberanos como evidenciaban las fotos de sociedad en donde sus pares tenían la cortesía de abrazarlo o estrecharle la mano sin mirarlo de frente. Antes de colgar él recitaba su libreto con vehemencia estatuaria: “Se lo prometí a mi hermana. Le di mi palabra... ¡La palabra!”. Y con el auricular en el oído me quedaba mirando por el ventanal a Diagonal Norte, los reflejos sobre el vidrio más intensos que el rumor del tránsito en la calle, hasta que el tono zumbón se hacía chillido y volvía a mis fichas e isobaras.

La mayoría de edad me permitió disponer, sin reticencias, de mi persona, y con ello darle un disgusto considerable a mi querido tío. No lo hice adrede pero advierto mi responsabilidad. Sé que es fácil echarle la culpa a la juventud, alegar ignorancia como un privilegio de la edad, las hormonas, el tedio omnipotente de las preguntas por el ser, por sí mismo. Cualesquiera hayan sido las razones de mi proceder, no hubo premeditación en mi conducta sino ligera improvisación.

Mi carácter disperso fue inmune a los rigores mnemotécnicos de la carrera de Leyes de la que hoy conservo, paradójicamente, un amplio listado de latinazgos. Por ejemplo, éste que viene al caso: *quid pro quo*. Una cosa por otra; un puesto asegurado en

el estudio del tío, con aguinaldo y tarjeta de presentación, por una economía incierta, signada por mudanzas y privaciones, según el calendario austero de la industria editorial. Nunca me propuse participar de ella, pero sin la anuencia de mi tío y de su pródigo sostén debí buscarme un empleo y sólo tenía, a mi favor, cierta cultura general y el conocimiento aproximado de las equivalencias en tres lenguas romances, el vocabulario promedio de un expatriado en una sajona. Los comienzos fueron difíciles; no es sencillo presentarse al mundo sin una educación formal. Sin título ni matrícula, la insistencia fue mi único aval y supe insistir, con firmes titubeos, en mi idoneidad para llevar de una lengua a otra la mochila que quisieran ponerme a costas. Por intermedio de Nano y el Topo, ex alumnos del *Normal* y compañeros marginales de recreos, conseguí mis primeras traducciones. A falta de gramáticas y obras de referencia pedí permiso en el instituto para consultar la biblioteca. Ahí pasé horas y meses en busca de simetrías renuentes a dejarse atrapar a primera vista, complacidas con mis reparos e indecisiones. (Vaya, entonces, una mención de honor para el *New Language School* y su generosa recepción.) Traduje de todo un poco: folletos publicitarios, actas de defunción –sin sello, firmadas por otros–, fascículos de cocina étnica para una enciclopedia por entregas, historietas pornográficas, manuales de mecánica y demás escritos de variados orígenes. Reinvertí mis ganancias con tino. Compré los mismos materiales que usaba en el instituto, más un *María Moliner* usado y una computadora a estrenar. Completé el equipo con un accesorio indispensable: una cafetera de filtro para animar las jornadas de trabajo. Con el paso de los encargos me fui haciendo un nombre y una experiencia discreta, un saber profesional.

Poco más de un lustro, alrededor de siete abriles, fueron necesarios para transformar mis distracciones en fuente de ingresos y satisfacción íntima. A fines de los 90 incluso el tío reconoció mis logros y se le dio por ponderar lo que llamaba, con ánimo redentor, mi elección de vida. Premió mi productividad con autos y expedientes jurídicos de una causa en el extranjero. Hoy día el pleito sigue en curso y, de tanto en tanto, colaboro en el entendimiento de las partes.

Cambió el siglo y con él cambió mi moderada fortuna. Todos saben de la crisis. No pretendo explicarles lo que ya saben y han sufrido en cuotas desiguales. El desempleo fue el resultado inmediato de aquel brete financiero y mi primer sentimiento colectivo. Confieso que al principio no supe disfrutarlo. Sólo vagué por las calles para desentumecer las piernas y sentirme acompañado en los tiempos muertos. El tío no perdió el humor. Tampoco las redundancias. Se lo escuchaba radiante en los mensajes que dejaba día por medio en el contestador. Había decidido que era hora de encarilarme y yo persistí en mi negativa menos por convicción que por la imperiosa necesidad de ahorrar teléfono y energía. Mi silencio, debo decir, no le cayó en gracia, y eso habría de agriar nuestras relaciones una vez más.

Fue entonces que me acercaron la propuesta. Era un compromiso absurdo pero yo cumplía los requisitos para llevarlo a cabo. A fin de cuentas se trataba de traducir y eso es lo que hasta entonces, con limitaciones y carácter, hacía. “Si te vas a poner quisquilloso, se lo paso a otro y listo”, me dijo Glausber y Glausber, como suele decirse, siempre fue directo al grano. Tenía una oficina en Corrientes y Paraná, y ahí se dedicaba a hacer *negocios editoriales*. Tenía tarjeta, el hombre, y por más inespecífico que fuera el rótulo, respetaba a la letra

la consigna que allí estaba impresa. Tenía plata y unos cuantos contactos para bajar sus productos del noveno piso a la calle y distribuirlos entre sus socios.

Yo no tenía nada y escuché atento sus explicaciones. Fueron breves, como era de esperar. Dijo que el trabajo era una pavada, que la paga era casi instantánea. “No hay que pensar demasiado” –me dijo–, e ilustró el concepto con el índice sobre la sien y un corto vaivén de cabeza que reprimía a la vez, con evidente economía, los espasmos morales de mis cejas. Dejó de hablar y, en el silencio, mi suspiro fue una muestra de gratitud: no tuve que escuchar ningún discurso sobre el derecho a la lectura, la democracia como una mesa de saldos al alcance de todos, un lugar común de los editores que había tolerado estoico en mis inicios para acordar honorarios que, según ellos, me hacían un abnegado benefactor de la cultura nacional. Glausber sólo hizo un llamado a la discreción que él mismo iba a respetar a modo de ejemplo; otros colegas estaban trabajando para él pero sus nombres quedarían en la sombra, por respeto, sea dicho, a colegas desconocidos pero celosos de sus derechos. Salí alarmado pero dejando en claro mi disponibilidad. Bajé los nueve pisos por escalera.

Esa noche recibí por email la primera comisión. Guardé el archivo adjunto con algo de ansias y una expectativa estimulada por la prudencia de Glausber: el nombre del archivo era *documento.doc*. Imaginé otros envíos similares y el desconcierto patente en las caras de mis colegas, como chicos ante un huevo de Pascua en Navidad.

A lo mío, pensé, y con dos clics abrí el texto. Descubrí el título con horror: *Madame Bovary*. Tiempo atrás había tenido la oportunidad de traducir fragmentos de la última novela de Flaubert para una revista

especializada y había sudado con cada decisión pero no lo suficiente. Pensé que, por suerte, casi nadie los había visto y que ahora, ante una novela que yo sí había leído en el instituto –en versión *abrégée*–, podía enmendarme un poco. Decidí ocuparme enseguida e hice los preparativos necesarios para una noche larga. Mientras bajaba el café, junté los diccionarios en el escritorio, busqué en vano las fotocopias anilladas de esa lectura, abrí el cuaderno de apuntes. Me senté ante la computadora y empecé a leer donde el cursor esperaba mi trabajo. El primer párrafo decía así:

“Estábamos en la sala de estudios, cuando entró el director y tras él un *novato* vestido a lo burgués y un bedel con un enorme pupitre a cuestas. Despertáronse los que dormitaban, y todos, como si les sorprendieran trabajando, se pusieron en pie.”

Me paré en el acto. No sabía por dónde empezar. Mis herramientas eran notoriamente inútiles. Me pregunté con fastidio para qué había sacado el *Petit Robert* si debía convertir un texto castellano en otro del mismo idioma. La paciencia del cursor me pareció infinita. Tomé tres tazas de café sin haber rozado el teclado, releendo el párrafo y sin ir más lejos en la lectura, buscando algún tipo de instrucción para la tarea que tenía a cargo. La noche se fue y me dejó sin nada, apenas algún desplazamiento del cursor que corregí al instante, temeroso de realizar cambios impensados. Dormí con rabia hasta el mediodía.

La segunda jornada fue provechosa. Intenté muchas variantes de ese párrafo iniciático. Para dar fe de mi labor, copio ahora algunas de ellas:

“Nos hallábamos en el salón de estudio, cuando ingresó el regente y tras él un *novicio* de traje burgués y un bedel con un gran escritorio a cuestas. Despertáronse los que dormían, y todos, como si los sorprendieran trabajando, se pararon en el acto.”

No quedé conforme. El verbo *hallar* tenía una afectación desagradable, un regusto a naftalina española ajeno al vestuario porteño. Además *novicio* me recordaba a Julie Andrews, su voz empalagosa de becerro sensible, saludable, casi lozano, y en vez de rebeldía y pastos pintados con crayón vi tonsuras impuestas en cuellos duros, una horda de sotanas y prelados de hechura siniestra, y el chico, si era burgués, un burgués *comme il faut*, sería ateo, o por lo menos agnóstico. ¿Y qué onda con *bedel*? Ya veremos. Volví al ruedo y probé con lo siguiente:

“Estábamos en la clase cuando entró el director y con él un *novato* vestido de comerciante y un portero con un enorme escritorio en sus espaldas. Se despabilaron los dormilones, y todos, como si nos sorprendiesen trabajando, nos pusimos en pie.”

Imaginé al nuevito vestido como un viejo ferretero, delantal azul y bolsillos grandes, cuadrados, a la espera de una encomienda especial que, como de costumbre, le traía el portero por una módica propina; o tal vez fuera un vendedor ambulante que paseaba una cajonera de ensueño y exhibía orgulloso sus tuercas, arandelas y tornillos. En todo caso, no funcionaba. *De comerciante* era una solución pobre, un escándalo de ineptitud. La salida del bedel y el reemplazo del portero, en obvia componenda con el comerciante en despachos

indebidos, le daba un aire negro al asunto, mezcla de mitin gremial y reunión de consorcio, sin contar con la sospechosa venia del señor director. ¿Debía optar por *celador*? Todo es posible en una escuela. Habría que tenerlo en cuenta.

“Estábamos en clase cuando entró el mandamás y tras él un *parvenu* vestido de plusvalía y un ordenanza con un pupitrón en los dorsales. Los que siesteaban se avivaron y, como si nos pescaran *in fraganti*, nos paramos todos al toque.”

Era un exceso, lo reconozco, pero pasé horas dándole vueltas a ese tono festivo que hacía más tolerable el ambiente escolar*. Pensé en llamar a Nano (el Topo no tenía teléfono, el muy burro) y comparar recuerdos para sacar en limpio una impresión ecuánime de esa época en la que estábamos en manos del Estado y entre los ojos de la planta docente. Pensé en llamarlo pero no lo hice. Aunque suscribiéramos una imagen común del colegio, dos no hacían estadística, y entonces conmigo solo bastaba. Seguí rumiando consonancias, entre divertido y desesperado, por poco histérico con tanto concurso y candidato. Repasé los últimos retoques. Las bastardillas me amargaban el párrafo. Eran la claudicación misma, un ídolo de la otra lengua en medio de mis inquisiciones. Nada de bastardillas, me dije, obtuso y fanático a la par. Y nada de...

Sabrán perdonar: fue un rapto de pureza que relegué al olvido con el reposo de mis cejas, una

* Copié en mi cuaderno esta versión para los amigos: “Éramos en la cafúa cuando hizo aparición el sario y, a su tras, un borrego galerudo y un chafe de bafi con una semifusa en la mano. Se avivaron los que colcho-neaban, y todos, como si un batilio hubiera cantado nuestro adagio, ahuecamos el ala a todo trapo”.

muestra más de mi deformación profesional. Bastardillas *a piacere*: así en el original o no. Con semejante piedra libre, tranquilicé mi espíritu perfeccionista y seguí adelante.

Al final fui a lo seguro. Descarté las variantes más fantasiosas y me quedé con la de abajo. Mejor que se notaran poco las enmiendas.

“Estábamos en el aula cuando entró el director y tras él un novato vestido de burgués y un celador con un gran escritorio a cuestras. Se despertaron los que dormían, y todos, como si nos sorprendieran trabajando, nos pusimos de pie.”

Consulté el *Seco* para definir la preposición que debía sostener esos pies pero, en los papeles, tuve que decidir solo. Pasaron diez días y mi demora en entregar el texto fue registrada por Glausber y explicitada con palabras duras en el contestador. Dudaba tanto ante cada línea que pensé en adquirir un ejemplar en lengua original y traducirlo desde cero. Era una opción descabellada. No tenía plata y el tiempo no iba a premiar mis escrúpulos.

Tres semanas después volví a la oficina de Corrientes para cobrar mi estipendio (entiéndase sueldo magro pero dignificante). La noche anterior había mandado por email la nueva *Madame Bovary*. Las modificaciones no eran llamativas; cambié adverbios y adjetivos vetustos, corté unos párrafos demasiado largos, reformé el título de algunas lecturas de la protagonista, y no mucho más.

Glausber amenazó con echarme. La amenaza era ridícula pero atendible. Bostezó antes de continuar la filípica.

-La sinonimia tiene sus bemoles, Miranda, pero una sola máxima: velocidad es virtud.

-Miranda es mi tío.

-Como quieras. Un libro por semana, ¿estamos?

-Sí, por supuesto. Uno cada siete días.

-Uno por semana, Miranda.

-Estamos.

-Acá tenés la plata.

-Gracias, Glausber. Lamento el retraso...

-Contala y firmá el recibo.

-Está justo.

-Ya sé. Firmá el recibo.

Saqué una birome y puse un gancho en el lugar indicado. Glausber agarró el original y me quedé con una hoja amarilla con la leyenda "Insumos varios" en el rubro "Conceptos". Por las dudas no dije nada. Guardé la plata y el recibo en el bolsillo del saco, y estiré la mano.

-Todavía no, Miranda. Falta la marquesina.

Me quedé parado mientras Glausber abría todos los cajones a su alcance. Ya no necesitaba explicaciones. Me tendió un cuadernillo con nombres aprobados por el Registro Civil. Decliné el convite y elegí un pseudónimo sin fantasía para no despertar sospechas. Nunca falta el que husmea la retirada de portada y levanta la perdiz. Al saludarlo le aseguré que iba a cumplir con los plazos.

En el ascensor volví a contar la plata; me acomodé el saco en el espejo. Esa noche había que festejar. Se me ocurrió pasar por el estudio del tío y ver cómo andaba. Caminé lento hacia Diagonal. No me tentaron las vidrieras de la avenida. Llegué a Maipú en veinte minutos sin haberme agitado. Entré sin anunciarme. Su sorpresa fue la antesala de una cena frondosa. Me puso al tanto de un proceso peliagudo que tenía entre manos. Andaba con ganas de sumar un socio a la causa

y por qué no al estudio. Le dije que a su edad podía permitirse esa inconsciencia y pedimos otra botella. No le conté del trabajo pero pagué la cuenta. Con un guiño cómplice acabó su copa de tinto y nos despedimos. Al día siguiente me dejó un mensaje cariñoso en el contestador.

Desayuné liviano y encendí la computadora. Estaba curtido para enfrentar el segundo encargo. Esperé la llegada del email sin diccionarios sobre el escritorio. Apenas si iba a usar el modesto catálogo del *Word*, y el resto quedaría librado a mi inventiva.

Llegó un email en blanco y supe que era el mío. Esta vez me tocó Henry James y su *Otra vuelta de tuerca*. ¡Con lo que me gustaban las historias de fantasmas! Esos chicos sí que sabían jugar. La institutriz, en cambio, era crédula y verborágica. Su presencia era desmedida pero pude atenuarla. Acorté sus diálogos con la señora Grose. Decían demasiado y preferí alusiones más sutiles. En tres días estaba hecho. Glausber hizo acuse de recibo y me mandó al cuarto más trabajo y la promesa, en correo aparte, de un regalo: una copia del Flaubert que ya estaba a la venta.

Le tomé el gustito al asunto y con cada libro me hice más ducho en la tarea. Cuando tenía fiaca, o el libro me aburría o no me decía nada, leía unas páginas, lo hojeaba vuelta y vuelta, y una vez que le agarraba el tono los cambios venían solos. Si la lectura era amena o intrincada ponía un poco más de mi parte. Incorporaba datos de color que me parecían obligados, parlamentos y entrelíneas omitidos por la indolencia del autor. Incluso llegué a borrar personajes innecesarios. Tampoco me privé, si la ocasión era propicia, de realizar comentarios personales. En definitiva me hice eco de un dicho certero: *por tropos variar, literatura es bella*.

Por cierto, con tantos libros, no descuento haberme repetido. Para salvar esos imponderables dispongo aquí un compendio de mis actos. El siguiente listado es una muestra de los servicios prestados al noveno piso de una editorial cuyo nombre prefiero callar. El orden respeta los caprichos de mi memoria y, si bien no son necesariamente mis obras favoritas, por algún motivo, quizás una recóndita cercanía, son las que vienen a mi encuentro ahora:

- La *Metamorfosis* de Kafka y el *Orlando* de Woolf llegaron juntos en el mismo paquete. Glausber tenía estas cosas. Supuse que era un reconocimiento a mi esmerada función en su empresa. Ambos libros fueron recibidos con respeto pero sin afectaciones. Restauré fotos y cuadros venidos a menos para darle lustre a las respectivas genealogías. Creo que mi intervención los hermanó sin quererlo. También cambié eufemismos por litotes e hice gala de mis lecturas intercalando giros de otras fuentes.
- Al principio *El revés de la trama* me confundió. Pensé que era otro James y me relamí de entusiasmo. Me desilusionó entender que era una novela de Graham Greene. Empecé a leerla cruzado. Para colmo de males no era ni la mitad de entretenida que *El americano impasible*. Scobie se debatía sin talento entre los vértices de su santísima trinidad: amo a Dios, quiero a mi esposa, deseo a mi amante. Un plomo. Aceleré el suicidio del mayor. Sus parábolas místicas eran insoportables y las reemplacé por pesadillas fantásticas. Monté un caos sin redención, pleno de carnavales y criaturas excéntricas, que le devolvió el placer a la lectura. Para no perder la línea arrimé una cita de T.S. Eliot: *Human kind cannot bear very much reality*. Después de todo, pensé, Greene se merecía el Nobel.

- La noche que llegó *Robinson* me quedé sin café. Fue una tortura velar los restos del navío sin su ayuda. Me irritó la jactancia de ese náufrago. Actuaba en la desventura como si hubiera ganado la lotería. Decidí ponerlo en su lugar: mudé su pragmatismo por un perfil metafísico, pero sin la *Biblia* entre sus cosas. (Ya podía tararear *My favorite things* con Julie y sus secuaces.) Padeció el encierro de la soledad y sus quehaceres cotidianos resultaron por demás ineficientes. Quedó maltrecho por hacerse el vivo en medio de la nada. Le dije adiós, y buena suerte.

Dos días después me arrepentí. Había sido muy duro con el cristiano. Dejé de mirar melancólico el otro lado del océano y socializó con los nativos. Participó de los ritos locales y se hizo devoto de los misterios del mandala. Al avistar el buque inglés entristeció. Casi se queda con sus amigos pero lo ganaron los prejuicios y volvió a su isla.

- Pedí un Homero y me dieron un Dante en versión vernácula y decimonónica. Estaba en verso, el desgraciado. Fue una misión penosa pero me divertí a lo grande. Mi tío, Glausber y yo aparecemos, *absit iniuria verbo*, en el octavo círculo del infierno. Más abajo se iba a notar la intrusión, más arriba no había lugar para tamaño trío.
- Otro tándem dispar: *Moby Dick* y *Lolita*. Cuando llegó éste recordé la anterior dupla y pensé que Glausber tenía gustos retorcidos. Iba a decir *perversos* pero suena un poco fuerte. La ballena me demandó mucho más tiempo que la púber. ¡Cuántos chirimbolos tienen los marineros en sus barcos! El minimalismo embustero de Crusoe me había malcriado. A decir verdad, dejé casi intacta la novela.

Así como estaba me gustaba mucho. De hecho, a las apuradas, la leí dos veces.

El protagonista de Nabokov, con ese nombre hechicero, me ganó en seguida. Hice lo que pude para darle un poco de alegría a un hombre tan sufrido. ¿Algo más? Sí, en algunas páginas Quilty se llama Quint.

- La última pareja fue puro goce y me mantuvo en vilo durante una semana. La casualidad me ofreció dos Anas de armas llevar. La Riordan de *Adiós, muñeca* tenía una lengua filosa pero hablaba con rodeos siempre de lo mismo. Para cambiar de tema dejé de lado su ironía. Su contribución en el esclarecimiento del crimen fue escoltada por monólogos insensatos sobre su vida íntima que Marlowe supo aguantar con whisky de pura malta. (Meses más tarde tuve que vérmelas con *La hermana menor*.)
La Wilkes de Stephen King era de otro planeta. Sin pensarlo –¡atento Glausber!–, pasé el texto de tercera a primera persona. Trabajé tan rápido que ni siquiera revisé los cambios. Es probable que por momentos se enreden las voces y Mister Sheldon, lo quiera o no, recobre sus palabras. Sus delirios africanos se trasladaron a la provincia bonaerense. Los inviernos, aunque menos nevados, tienen el mórbido encanto de la pampa.
- El *Fausto* de Marlowe, rebosante de viajes y aventuras, daba para todo. Compuse una amalgama de estilos y lenguas adversas. Cada capítulo lo consagré a un género distinto. En el conjunto prevalece la ciencia ficción. Con la última frase entendí por qué, en efecto, era una historia trágica. El ingenuo pensó que bastaba gritar “¡Quemaré los libros!” para librarse de sus males.
- Cierro la lista con un hecho curioso. Me ocupé dos horas en *Molloy* sin siquiera sospecharlo. Una frase

abstrusa me llamó la atención. La tenía de algún lado a la frase. Pero con Beckett, en realidad, nunca se sabe. Cuando me percaté del asunto pensé en Glausber con admiración. Yo había traducido ese libro y ahora tenía que sinonimiar mi propia traducción.

Creí vano reclamar una paga doble pero me tiré el lance y le mandé un email a Glausber para advertirlo de la cuestión. La respuesta no se hizo esperar, y fue contundente: "Si la traducción es tuya, ¡hacelo más rápido!"

Tecleé dos años para Glausber y su colección de clásicos de la literatura universal. Fueron muchos libros. Desde entonces, hace un lustro más o menos, Glausber no me emplea pero nos hicimos amigos. Una vez al mes nos reunimos en los bares de Corrientes a vaciar platitos de triolet. Cuando pasó la crisis me subí al 86 y volví a rondar las editoriales de siempre en busca de traducciones. En el paréntesis algunas habían cambiado de nombre y dueño pero me recibieron cordiales.

Los asedios del tío ya son parte de nuestra tradición. Aproveché que el Topo se recibió, *cum laude*, de abogado, y lo abroché en su estudio. Desde el 2005 veraneamos juntos en la costa argentina. En vivo y en directo sus gracias no mejoran pero pongo a punto mi tolerancia con un bronceado parejo y bebidas refrescantes.

Para ser sincero a veces extraño aquellas épocas de miseria. Hoy tengo una cafetera *express* pero también padezco el acoso de correctores obsesos y sus normas de estilo. Cada tanto, para despuntar el vicio, hago modificaciones mínimas en el texto presente. Es un juego privado que aligera la monotonía del trabajo. Con cara de póquer, me digo que no es nada, sólo un travesura y, en última instancia, si se dan cuenta, que me vengan a buscar.

Casi siempre Adela

Adela me mira, desnuda y silvestre, como, cree, miran los dioses a los hombres y a las cosas. Me desprecia. Sus cejas se curvan con desmesura hasta quebrarse en un triángulo perfecto. Desde la cama, respaldada por una colcha con motivos otoñales, su boca desgrana una y una sola palabra: imbécil. No es la primera vez que me lo dice, y los apáticos contornos de mi cara la convencen de que su ira merece un epíteto de mayor alcance. Por cierto, *epíteto* es una de sus últimas adquisiciones. Durante años no fue más que uno de esos griegos y, en el verano, un malicioso juego de playa. Pero tengo que reconocerlo, se está cultivando, y a esta altura el esfuerzo es loable, es esfuerzo. Cuando bizquea, y ahora sus ojos se centran en torno a las aletas, es porque una ocurrencia hiriente la entusiasma. Para mí también son años, querida; décadas de motes y esterillas plásticas, sobredosis de arenisca y huevos duros fuera de estación. Me dejo caer sobre el sofá y la miro para ver qué me espera. Imbecil. Imbecil. Más de lo mismo o casi. Sé que debería disuadirla de su enojo con alguna gracia imprevista, besarla sin más o pedir disculpas, pero no es el momento apropiado para censurar las variantes de su imaginación. No es para escandalizarse, son cosas que se dicen sin pensar; las dice otro y uno, medio aturdido, por acto reflejo, les hace eco con la propia voz. Quizá se me fue la mano; quién sabe, qué importa.

Aburrida de acentuar mis faltas, decide que es divertido silabear el insulto como si fuera un mantra. No lo es, claro, pero la monotonía de su pronunciación me seda. Immm... Creo que al segundo beee, me paro y voy al baño. El inodoro está envuelto como para regalo, sólo le falta un moño con flecos brillantes, rizados. Tiro la cinta al tacho, levanto la tapa y meo. Algo es algo. Una uretra sana, la envidia de mis compadres. Bien. Estoy cansado, podría ducharme e intentar dormir. Pero Adela habla. A mí, creo que me habla a mí. ¿Qué querés? Estoy en el baño. Se ríe de mi respuesta. Como si las obviedades fueran superfluas. Y si intento explicarme se enoja. Tiene razón, qué voy a explicar yo, justamente. No tengo nada que explicar, además; es así. Insiste e incontinentemente recito mi papel. ¿Qué querés que haga? Y enseguida agregó, sin cálculo, un lugar común: hago lo que puedo. Un poquito poco, responde la muy viva, y escucho el contacto ligero de las sábanas con sus piernas.

De bailarina de cancán, largas, finas, con una elasticidad sorprendente aun hoy. Mis pronósticos cínicos fallaron. La delgadez no cedió, tampoco la firmeza. Macizas van a ser, dos columnas dóricas con bastas orlas naturales. Se reía. Siempre ríe cuando hablo de su cuerpo. Una confianza ciega, infantil, se derrama sin premeditación desde la raíz de su pelo cobrizo hasta la punta de los pies. Esa impudicia me sedujo cuando la vi por primera vez. El desparpajo con que llevaba esas medias corridas, la cadena de minúsculos orificios ensanchándose y replegándose con cada paso, y la piel que se exhibía orgullosa. ¿Estoy inventando una imagen a destiempo? No, todavía me acuerdo pero la sensación no es la misma. Una excitación constante y las palabras que se atropellaron en mi boca al saludarla. No entendió mi nombre y

me lo dijo. ¿Qué dijo? Yo tampoco entendí su reclamo pero, por instinto o desesperación, repetí dos veces más la misma sucesión de sonidos incoherentes. En algún momento, innombrables, nos reímos a carcajadas. ¡Qué fervor! ¡Qué ingenuo! La amenaza de flaccidez se transformó en una predicción personal. Todo me cuelga. Cumplo al pie de la letra con la ley de gravedad; mi cuerpo tiende a apilarse sobre los tobillos. Soy mustio, ése es mi nuevo nombre.

Ya voy, Adela, un minuto. No quiero ir, hay demasiados espejos, y a ella le encantan. Y los espejos, hay que decirlo, no son sonrisas. Prefiero las ventanas y mirar hacia afuera absorto por el escenario cambiante. Yo sólo quiero mirar, decía de chiquito, de chiquito tan cándido, tan miope, y ser testigo, tras el vidrio, de los días de los otros. Una paradoja que funda mi profesión. Aun para enseñar historia el principio de indeterminación me traiciona: mirar es deformarlo todo. A mi mujer también le gustaban las ventanas, pero sobre todo las cortinas con volados, y soñaba con tener una casa con *bow-windows*. Supongo que para poner más cortinas. Y para qué me voy a duchar, nada va a sacarme este olor a muerto. Abro la canilla de agua caliente, la dejo correr unos segundos y me lavo las manos. Nunca me quemo, es mi especialidad. Mientras me seco, la espío. Está sentada en la cama, tapada hasta la cintura, con las tetas al aire; se mira en el techo y juega, parpadeando. Estoy y no estoy, estoy y no estoy. Ay, Adelita, tené cuidado, vas a perder la vista. Sos un imbécil, ¿sabías? Digo que sí con la cabeza pero por algún motivo no estoy del todo seguro. Debería, sin embargo.

Me demoro en la puerta del baño, mirándola sonreír, conforme con su veredicto. Lanzo la toalla hacia el pasamano y el bollo de tela queda suspendido entre la pared y el barral. Tarde o temprano se va a caer. Escucho

un gemido, encendió la tele. Dale, vení. Mirá a estos dos cómo cogen de lo lindo. Me acuesto a su lado. La mujer grita mucho, se esfuerza, no sé si la está pasando bien. Se lo digo y rechaza mi observación con un ademán violento, porque no entiendo nada, con esa pija, la pasa fenómeno. Son un poco torpes, igual. Nosotros lo hacíamos mejor, con más cadencia, y bailábamos acostados durante horas, ¿te acordás? Placer, placer, placer. Bailar con los pies quietos debe ser difícil, tan difícil como reconstruir la imagen que me propone. No digo nada, no me acuerdo, la verdad. Será, qué se yo; habrá sido así como ella dice. Bastante parecido a éstos de la televisión, tal vez con mayor distancia, nunca vi mis huevos balancearse, adelante y atrás, adelante y atrás, como los del hombre ahora, acariciando el culo de la chica, muy joven, menos de veinte, con un ímpetu mecánico, lento, al ritmo de esta musiquita sosa. Si me dan a elegir, elijo coger con gritos pero sin música, a oscuras. Mejor en la penumbra, sí, y tantear con las manos el cuerpo, casi siempre Adela, a veces mi mujer, mientras me hundo en la piel. Untarme como una pátina viscosa y hacer de los poros mi guarida al aire libre, una guarida evanescente que se deshace al instante, burbujeando, con un chasquido sordo y relamido. Porque no siempre, se sabe, vale la pena ver qué está comiendo uno. Mejor ser pura lengua. En fin. Consuelo de paladares desdentados, viejas mañas de viejo. De mi boca todo sale agrio, recocado, y fermenta y lo veo fermentar con desagrado pero es mío y me envuelve con un halo de fascinación como un chico encandilado por su propia mierda. Extático. En la pantalla los cuerpos se encorvan arrebatados al módico decorado. A centímetros de la boca de la chica que gime y gime y gime, un reloj de plástico transparente: el segundero está inmóvil; las agujas mayores se eclipsan a mediodía o a medianoche.

Y pedí que no hubiera música pero esos idiotas se olvidaron del tintineo en el ascensor. La sala, a media luz, está repleta de trajes y polleras a tono. Se me acercan y un beso, lo lamento, otro beso, cuánto lo siento, valor. La familia desfila su congoja, los amigos acompañan en silencio. Aldo llora y mi mano en su hombro no lo consuela. No quiere mirarme y no me mira. Me resisto a sacar la mano, no sé dónde apoyarla. Al fin cedo o veo que mis dedos se deslizan quietos a través de su hombro hasta rozarle una fracción de la espalda. Aldo camina entre la gente para despedirse de mamá. En el ataúd, escoltada por los arreglos florales, ella espera. Apenas un poco de maquillaje en los labios y en los pómulos para presentarla en sociedad. Aldo se estremece ante el cuerpo tieso, lo abraza, y mascullando un adiós, te quiero y demás sinrazones besa sus ojos con torpeza. Miro esos ojos lacrados y sonrío indiscreto. El interior del cajón tiene volados; es un ejemplo banal de justicia poética.

Me cercan, ahora, una presión en el antebrazo y una palmada en la nuca, y de vuelta valor, se la ve tan tranquila, está preciosa, como dormida, ¿no? Aldo llora en silencio. Ese gesto sintético los conmueve a todos. Yo no siento nada. El dolor me atraviesa, sin brusquedad, no puedo retenerlo y ni siquiera lo intento. Con la nueva ronda de café algunos ensayan las muecas que habrán de recrear mañana en el cortejo fúnebre. El lamento se propaga, me zumban los oídos y empiezo a salivar como cuando viajo en avión. ¡Estoy tan lejos! De visita por el Partenón, pateando piedritas de la mano de Aldo que patea y pregunta tantas cosas a la vez que no sé qué contestar primero, qué atajar. ¿Por qué está todo roto? ¿Y por qué no lo arreglan? ¿Y por qué no lo hacen de nuevo? Lo hicieron así, hijo, para ganarle la pulseada al

tiempo, y dejarlo que se ocupe de otros menesteres. Una vez más, es casi un vicio, hablo para mí. La cara de Aldo lo dice todo; su voz infantil, sin embargo, no pierde la oportunidad de hacérmelo notar. ¿Y por qué no me contestás en serio? Respondo en serie. Ante todo, silencio; después estrío la frente y apronto mis cuerdas vocales; y en última instancia, digo, a secas: porque no sé la respuesta.

Caminamos entre los escombros del templo, acompañados por la sombra tutelar de mi esposa, y al ritmo de la marcha cuento la historia de su construcción, pronuncio con cuidado la palabra Acrópolis, evoco al señor Fidias, a sus ayudantes. Aldo disfruta con los nombres, los repite, los degusta, pide más. Continúo el relato y un grito corona la mención de Ictino y de Calícrates. En la imaginación de Aldo todos son dioses, todos vuelan.

Como los turistas, como nosotros, que aprovechamos las perversiones del cambio para comprar togas blancas y remedos de ambrosía. Si es que acá se puede ser turista, ser de otro lado. Un cartel anuncia una respuesta oracular que no me convence. Patrimonio de la Humanidad, dice el cartel. Recuerdo el dulce de leche y sigo vagando, inmerso en pensamientos triviales pero intestinos como el sudor. Nos detenemos ante unos bloques esculpidos. Caderas de mujer tiene, debe ser ella, la mismísima. Mi hijo se acerca inquisitivo a la espera de otra historia. Extiendo un brazo, afectado por cortesías de otros tiempos, y los presento: Afrodita, Aldo; Aldo, Afrodita. ¿Quién es ésta? La chica más linda de la ciudad. ¡Andá! Él no está muy convencido, sus preferencias estéticas son otras y tienen trenzas rubias y delantales rosas. ¿Cómo hacerle comprender la belleza de antaño? ¿Y cómo era tan linda antes si la hicieron así, toda rota, a pedazos?

Una caravana de turistas, en su mayoría asiáticos, sigue con atención las palabras de un guía. Se desplazan en círculos concéntricos en torno al megáfono, y esa petulante formación geométrica me agobia y me hipnotiza. Tal vez, por qué no, la divina proporción ha encontrado nuevos partidarios. Sea como fuere, no quiero estar presente cuando se desbanden. Mi mujer se nos une, tras sortear una legión de cámaras humanas (alguna debe de estar registrando este momento), y me señala lúcida el error: ante nosotros tres, soberbia en su altura, Atenea permanece ajena a mis desvaríos. Desde nuestro primer encuentro, querido, los nombres no son tu fuerte. ¿No? Tras el recordatorio, madre e hijo, haciendo gala de cuatro hileras de dientes níveos, se adelantan tomados de la mano. Avanzan dando saltitos. Ella resuelve las dudas de Aldo con desenvoltura. Esas chicas, hijito, son las tatarabuelas de Mirtha y de Susana. ¡Aaah! Me río solo, a pocos pasos, no sé si me escuchan. Y es verdad, cito mal, de memoria. Sinapsis interrupta.

Me detengo, ahora. No los veo. El grupo de turistas, ya de grupo casi nada, invade mi visual. ¡Cuánta confusión en la metrópolis! A izquierda y a derecha recorro las inmediaciones circulando mi cabeza. No quiero perderlos entre estas ruinas. Pasa el tiempo, sin laureles. Estoy dando vueltas en falso. Soy torpe, lo soy. Soy parte del paisaje; me siento a gusto entre calcáreos. Han de haberse sentado en algún lado. Cualquier roca sirve de descanso. Retomo la marcha, con lentitud. *Piano, piano*: un refrán. Y camino y camino y sigo caminando. Los avisto, por fin, y desde lejos, no le queda mal ese rouge. Nada mal. Caro pero sin impuestos. Aldo grita y agita sus manitos, quizá me nombra o canta pero no logro descifrar la estridencia. Se lastimó un pie y señala la herida como prueba. Una piedrita, sí;

qué mala la piedrita. Muy mala, y supura. No hay Kleenex que alcance. El fastidio de Aldo se aplaca con uno o dos sana-sana y unas cuantas fábulas de Esopo. No es grave, es la primera cicatriz. Pero sí, mujer, de acuerdo. Vamos. De vuelta al hotel.

Estático. En la habitación, sin dar respiro, predomina el rojo. Mis piernas blancas, blanduchas, resisten impávidas la invasión del color. Dos líneas paralelas que perturban el diseño vivo del acolchado. Estampados en la cama. Qué invención, qué necesidad. Tengo sed y un regusto arenoso en la boca. Sólo hay celofán en mi vaso.

Suena el teléfono. No me sobresalto, no; ya es tarde para avisos. Miro a Adela a través del espejo. Incluso en sueños murmura el insulto. Pero mi oído es caprichoso, y los sonidos se pierden en sus recovecos. Las formas se disipan en su cara. Duerme con desgano, indiferente. Si hay un dejo de amor o de furia en su presencia ya no lo advierto. Azul, verde, marrón, gris, negro. ¿Qué color tienen sus ojos? Uno cualquiera, uno de éstos. Suena el teléfono, insisten. Incansables como en la tele y siempre puntuales. Es hora: mejor levantarse e irse de una vez. Busco mis medias entre el montón de ropas apiladas en una silla. Encuentro una adentro del pantalón. El elástico está flojo, es para llorar. No lloro.

Índice

Condominio.....	9
Tiro de gracia	19
Los autos locos.....	25
Sin título (de amor)	59
Agustina Migno: una semblanza.....	65
Insumos varios.....	71
Casi siempre Adela	87

CALIGRAMA

Retóricas irreverentes, artefactos para desarmar,
arquitecturas poéticas resistentes al desgaste. Desear
lo nuevo. ¿Cómo nombrar lo ya dicho?



El fin de la noche, constelación de narrativa y poesía hispanoamericana. Con publicaciones de cuidado artesanal y soporte imperecedero, el sello integra la tecnología de edición más avanzada –impresión bajo demanda, libre acceso de lectura online y distribución digital internacional que permite que los libros estén siempre disponibles– a la delicada paciencia para el armado de cada título.

Que los libros luminosos jamás se agoten.

Puede conseguir nuestros títulos desde cualquier ciudad del país y del mundo. En nuestra página www.elfindelanoche.com.ar encontrará la red de librerías virtuales nacionales e internacionales asociadas.

Por cualquier consulta, por favor contáctese a info@elfindelanoche.com.ar

